

PRIMEFAM

FICCION

REVISTA
LITERARIA

REVISTA DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES



EDITORIAL



RECORDANDO SIN IRA

Cada día nos convencemos más de que la vida es una ciencia; algunos filósofos aseguran que esa ciencia es la lógica; otros que es la moral. Quizá tendríamos que inclinarnos un poco a creer que es la inmoralidad y la ausencia de lógica. Vivimos una época de sinvergüenzas —tal vez siempre haya sido igual—; uno no da un paso sin toparse con un par de cretinos. Están a nuestro lado en las oficinas; se sientan junto con nosotros en los medios de transporte; caminan a nuestro costado por la calle. Son nuestros amigos. Sócrates afirmaba que la ciencia era la lógica; hoy ya no es así: la ciencia es el duelo desnudo de la gente sin talento, de los trepadores, de los mistificadores que quieren las mieles del triunfo con el menor esfuerzo. ¿A qué viene este exordio? Muy sencillo: con la revista **Ficción** acabamos de vivir una experiencia moral bastante grave que ha tendido a demostrarnos que para poder vivir hay que ser energúmenos o “vivos” y que únicamente así se puede vivir “más”.

(Annex A)

0906
.3515

(RECAP)

(1965-1971) no. 48/49-52
1

FICCIÓN

REVISTA DE LAS LETRAS
Y DE LAS ARTES

DIRECTORES:

VÍCTOR SAIZ - ALFREDO C. ESSAYAG

Fundador: JUAN GOYANARTE

Redacción y Administración:

LAVALLE 1290 - 8º P. — T. E. 35-9573
BUENOS AIRES

SUMARIO

Pág.

Editorial.

1 — Recordando sin ira.

Caminos interiores.

5 — El hijo, *por Francisco Valle de Juan.*
12 — Un mero error judicial, *por Alfredo Camilo Essayag.*
16 — Y el hombre creó a Dios, *por Víctor Sáiz.*

Ciencia

20 — ¿Qué es la cibernética? *presenta Malena Sándor.*
36 — ¿Se ha detenido la física teórica? *por Manuel Calvo Hernando.*

La política en cuestión.

40 — El futuro de la libertad, *por Julián Marias.*
43 — ¿El novelista debe hacer política? *por Claude Simón.*

Defensa del hombre.

47 — ¿Qué es un intelectual?, *por José Kaminher.*

SUMARIO

Pág.

Poesía.

49 — Federico, *por Fernando Real.*
50 — Afirmo la esperanza, *por Ariel Canzani D.*
51 — Margarita triunfal, *por Celina H. Uralde.*

Información.

52 — Cine — Bergman: pornografía y misticismo de segundo orden,
por E. Molina Santos.
53 — Teatro — Galileo Galilei, *por L.*
54 — Discos, *por Antonio Gilabert.*
55 — Artes plásticas, *Albino Fernández - Raúl Schurgin.*

Crónica de una vida.

56 — Marilyn Monroe: diez etapas de dolor, alegría y muerte, *por Carlos Martín.*

60 — Libros argentinos.

64 — Libros del mundo.

PTJ

9500073520

157

EL HIJO

Beatriz entró de puntillas en el dormitorio. Hacía una hora que le había dado a su marido el somnífero que tomaba todas las noches, y ya estaba dormido. Encendió dos papeles antiasmáticos, los puso en el cenicero de la mesilla de luz, y en seguida se difundió por la alcoba la humareda densa y áspera del estramonio, que tanto le desagradaba.

Luego besó —rozó apenas— los labios de Angel, que dormía desahogadamente, agitado por su propia respiración anhelosa. Lo contempló un momento, llena de piedad: más que acostado, Angel parecía derribado en la cama; la barba de varios días le había invadido y desdibujado el bigote, como la maleza borra un sendero descuidado, por donde no vuelve a pasar nadie y las manos, palidísimas, semejaban un adorno de mal gusto: unos pisapapeles de marfil, en forma de mano, absurdamente colocadas sobre la colcha granate.

Angel cambió de postura, y se despertó. Al ver a Beatriz inmóvil o su lado, le preguntó con extrañeza:

—¿Qué me miras? —Y agregó en un tono que pretendía ser jovial y que sólo era fatigado—: ¿Me encuentras muy feo?

—No seas tonto. Sigue durmiendo, querido.

Lo besó de nuevo, le arregló de modo automático las sábanas, y se fue a la cocina. Enchufó la plancha; roció la ropa que había en un cesto de mimbre; y se dispuso a "estirarla un poco", como solía decir ella. Mientras se calentaba la plancha, conectó la radio.

En la calle, a la puerta de los

chalets, charlaban los vecinos. El calor era un suplicio. Los mosquitos tocaban sin cesar sus cornetines amenazadores, y... cumplían sus amenazas en la cara, en el cuello, en los brazos desnudos de Beatriz. Los mariposas nocturnas, pesadas y oscuras, y los cascarrudos, en verdaderos enjambres, se estrellaban "como estúpidos" contra las paredes, contra la bombilla eléctrica, contra el vaso de agua que había puesto encima de la tabla de planchar. Tenían la ciega terqueal de algunas obstinaciones humanas: se lanzaban hacia las cosas con un ímpetu como de conquista, y lo único que conseguían era chocar contra ellas una y otra vez, incansablemente, irremediadamente, por una especie de torpeza fatal. Beatriz sentía, como cosa suya, el pavoroso verso de Dámaso Alonso:

"Los insectos devoran la ceniza y me roen las noches ..."

Y también a ella le dolían los insectos "por toda el alma". Una espiral insecticida le despejaría el ambiente; pero la sola idea de añadir al aire enrarecido de la vivienda otra humareda acre, la estremeaba.

La radio se puso a chisporrotear. La sintonizó. Estaban transmitiendo una comedia. La voz de una mujer, un tanto desgañitada, hacía reproches a la voz de faldete de un hombre. Una voz agredía a la otra.

—Me voy a vengar, ¿lo oyes? Te arruinaré la vida...

La voz del faldete se defendía, melosamente:

—Estás en un error, Laura... Yo sólo te quiero a ti... A ti... A ti...

Aquella clamante afirmación le

parecía a Beatriz ridícula; pero no se movió para cambiar de estación. La plancha se hallaba a punto; extendió sobre la tabla unos pantalones de pijama, y comenzó la tarea. En contacto con la plancha, el agua chirriaba en la tela suavemente, y se convertía en nubecillas de vapor que la sofocaban.

Beatriz sudaba copiosamente. Se desabrochó la blusa que tenía puesta. Dio un profundo suspiro de alivio. Se sintió más joven.

En la acera, don Martín, el padre de Silvia, refa escandalosamente. (Don Martín presumía de haber sido bajo de ópera en su juventud, y cada vez que refa, quizá aspiraba a ofrecer a la gente la carcajada artísticamente estentórea del *Metistóteles*). Luego, la moto del novio de la muchachita del chalet amarillo, atronó un momento la calle. Después ladró el ovejero del señor Mayer; y el señor Mayer se lo reprochó en alemán, cariñosamente: —*Nein, Domänen... Nein.*

Por último, los vecinos se despidieron con un intercambio de "buenas noches". Arastrar de sillas. Portazos. Y la risa de ópera de don Martín, ya entre bastidores. Silencio. El pitido de un tren lejano. Silencio.

En la radio, la voz desgañada, aún más desgañada que antes, declamó pompática:

—*Mira cómo soy yo... te perdono, Alvaro, te perdono.*

Y a continuación se oyó un rumor de aplausos, como si hubiese empezando a llover de manera torrencial.

Beatriz planchaba, planchaba.

Un golpe de tos de su marido la hizo correr hacia el dormitorio. Angel tenía destapado un pie, y ella se lo cubrió con la sábana. Le preguntó en voz baja:

—¿Te sientes mal? ¿Quieres algo?

Angel no le respondió. Estaba sumido en aquel sueño que nunca era placido, que siempre parecía minado por inquietudes coléricas, no sólo por la respiración estertorosa y llena de afán, sino también por la contracción de las cejas, por la nariz dilatada, por la boca crispada dolorosamente.

Beatriz se tranquilizó. No era el temido ataque de asma. Un simple acceso de tos. De puntillas, salió del dormitorio, y regresó a la cocina, contenta de que la tos se hu-

biera quedado en tos, sin llegar al ataque asmático. Habría sido injusto un ataque. Ella había hecho las mismas cosas que hacía todas las noches para prevenirlo: a las nueve menos cuarto le dio la gruega para que durmiera y le friccionó el pecho con alcohol alcanforado; a las nueve y media, le inyectó la atropina; a las diez, roció de nitrato de amilo la almohada; y, por último, a la diez y cuarto, encendió aquellos repulsivos papeles de estramonio que aún se retorcían humeantes en el cenicero.

Le resultaba insoportable la emanación de los remedios; aquellos penetrantes olores, que eran una pesadilla para el olfato, la habitaban por dentro: los sufría en la conciencia como un purgatorio de culpas; los llevaba disueltos en el sudor, en la saliva, en las lágrimas, en lo sangre.

Desenchufó la plancha, apagó la luz de la cocina, abrió la puerta silenciosamente, y salió al umbral del porche. Tenía avidez de aire puro y fresco. La calle estaba solitaria. En la penumbra, la calzada de asfalto relucía como si fuera de cuarzo. El copudo paraíso de la esquina, cuajado de flores, esparcía su dulce aroma de muchacha. Los naranjos ya sin azahar, agobiaban con su quietud la noche calma. A espaldas le Beatriz, la radio, que transmitía un diálogo, le causó la momentánea impresión de tener visitas en su casa. Por la puerta entornada se escapaba el olor de los medicamentos, del calor, de la ropa planchada y de las habitaciones que no se ventilaban suficientemente cuando Angel estaba enfermo.

En las persianas de la casa de enfrente había paralelas de luz; pero no tardaron en desvanecerse. La súbita oscuridad de las ventanas amplió el vacío de la noche. Cerca, en un cuarto de baño con ventana a la calle, alguien abrió un grifo: el agua sonó de golpe, caudalosamente, y luego todo quedó reducido a un glogloteo soñoliento que duró un par de minutos. Un grillo estridulaba en la sombra con fatigada constancia, como si estuviera aserrando un madero.

Tampoco hacía fresco allí, en el porche. Sería necesario coninar, buscarlo en el espacio libre. Entró a dar un vistazo a su marido. Después de comprobar que conti-

nuaba dormido, dejó encendida la radio, salió de nuevo y cerró la puerta con llave.

No se había peinado. Ni siquiera se abotonó la blusa. ¿Para qué? La calle estaba solitaria, y solo pensaba dar una vuelta alrededor de la manzana. Sin embargo, no dobló en la esquina; y siguió andando, atraída, fascinada por la larga perspectiva oscura de la calzada.

★

El barrio de Olivos, de noche, en el silencio, en el hermetismo, en la soledad, siempre se le antojaba a Beatriz mucho más grande. Cada calle tenía para ella una apariencia abismal, de desfiladero, de garganta, y sentía que se deslizaba casi inconscientemente, como dominada por un vértigo extraño.

Las casas cerradas le causaban una angustiosa impresión de lejanía. No parecían habitadas. Se le figuraban macizas como gigantescos tarugos pintados. Pensaba que si se abriera alguna de aquellas puertas, en vez de vano, se encontraría un tabique sin umbral: un absurdo rectángulo impenetrable.

En su andadura casi automática, llegó a un paso a nivel. Alguien le bisbisó un piropeo. Volvió la cara, y no vio a nadie. En seguida comprendió que la había piropeado el guardabarreras desde lo alto de la torreclilla.

Allá, en la estación, tres o cuatro personas esperaban el tren para Retiro.

A partir del paso a nivel, las calles estaban iluminadas. En un café se oían los golpazos de los billetes de dados y el choque de las bolas de billar. El gramófono automático de una "pizzería" difundía la lamentación apasionada del "Old man's river". Ella había oído por primera vez aquella melodía precisamente una noche calurosa, abrumadora, como la que estaba sobrellevando: la noche de un verano remoto y sin penas, en que aún era novia de Angel y los dos pensaban en el matrimonio como en un acontecimiento difícil y lejano.

Por una calle lateral se dirigió hacia el río. La calle estaba formada por bohíos y ranchos techados de totora que, a pesar de su aspecto

rústico, eran "boîtes" y restaurantes de lujo.

La clientela, a la luz azul, anaranjada, verde y roja de los reflectores que giraban lentamente, parecía de cristal irisado. Beatriz se detuvo, y se agregó al grupo de mirones que, desde las verjas oteaban el interior. Eran gente del pueblo: chóferes, sirvientas, vecindonas, obreros, comadres.

Beatriz se apartó de allí, y continuó andando. Unos metros más allá, ante un trecho de valla sin nadie, volvió a detenerse. Le gustaba ver a las damas elegantes sentadas a las mesas, y admirar, sin envidia, sus hermosos vestidos. También ella, en otros tiempos (antes de caer enfermo Angel), asistía a "boîtes" y restaurantes caros. Muchos viernes salían a cenar fuera y no regresaban a casa hasta el amanecer. ¡Le parecía ya tan distante aquella época feliz!...

De pronto, alguien atrajo su atención: dentro, por entre las mesas, un hombre alto, de chaqueta blanca y lazo de "smoking", se dirigía resueltamente hacia la parte de la verja en que se encontraba ella. Por un momento, la irritó la idea de que fuese un altanero "maître" con intención de echarla de allí. Pero no. Al llegar al pasillo paralelo a la valla, el hombre la miró, y no se detuvo. Beatriz sonrió de su propia aprensión. ¡Habría sido tan antipático el que aquel hombre le hubiera...!

—Tiene deseos de entrar, ¿verdad, señorita?

A Beatriz le ardieron las mejillas. Lo vio de reojo. Estaba a su lado, en la calle. Era el hombre de la chaqueta blanca. Le replicó con acritud:

—¿Qué se cree?...

El hombre le contestó con voz suave, como enguantada de terciopelo:

—No me creo nada... Simplemente su cara me ha causado una gran alegría, una gran sorpresa... ¿Sabe, señorita? Yo vivo entre gente fría, seca, sin alma; entre gente con cara de palo... inmutable, como la de los ásteres... Y la vi a usted ahí, mirando a través de la verja... ¡Le juro que nunca había visto una expresión tan llena de ansiedad, tan llena de vida...!

—¿Quiere callarse?...

—Si usted me lo manda...
—Yo no le mando nada. Déjeme en paz, por favor.
Beatriz echó a andar, y también el hombre.
—Escúcheme un instante... Estoy en una situación estúpida... Tengo que ir ahora mismo a cosa por dinero: me olvidé la cartera en el bolsillo de otro traje. Y ahí, en el restaurante, está mi mujer con dos matrimonios amigos.
—No sé por qué me cuenta eso: no me interesa lo más mínimo.
—A mí me interesa contárselo... tengo una razón para contárselo... Se lo he contado para que comprenda que no dispongo de mucho tiempo. Y como necesito hablar con usted...
—Yo, no.
—Yo, sí. Le repito que no dispongo de mucho tiempo. Tengo el auto estacionado en la esquina. Acompáñeme. En el camino podremos conversar.
Beatriz se detuvo, y casi gritó, entre furiosa y divertida:
—¿Está usted loco?...
El le contestó, serenamente:
—Creo que no... Pero, en fin, una nunca sabe...
—¿Por quién me ha tomado usted?...
—Por lo que es.
A Beatriz le indignó aquella respuesta.
—¿Cómo...?
—Sí. ¿Por qué se enoja? Si la he tomado por lo que es usted, no tiene por qué enojarse.
Anduvieron juntos de nuevo.
—¿Puede decirme cómo soy yo... qué soy yo..., según su opinión?
—¿Usted?... Usted es una pobre chica; una pobre chica cansada de sufrir.
Beatriz no profirió palabra.
—Estoy en lo cierto, ¿verdad?
Ella tardó en responder:
—Siempre se está en lo cierto cuando a alguien se le dice que es una persona cansada de sufrir. Todo el mundo sufre, y todo el mundo se cansa de sufrir. ¿Usted no?
El hombre le contestó jovialmente:
—Yo..., la verdad..., sufro poco. Soy un hombre muy ocupado. Apenas sufro dos o tres horas de matrimonio todas las noches; pero ya estoy acostumbrado, y las soporto muy bien. ¡Ah, y también los sábados y domingos! Los sábados

y domingos, naturalmente, se alarga un poco la..., la cosa; pero, ya le digo, lo soporto todo muy bien.
Beatriz no pudo reprimir una sonrisa, y se la cubrió prudentemente con una mano. El hombre se detuvo ante un Packard convertible.
—Aquí tenemos el coche, querida —dijo con el mayor desenfado, al tiempo que sacaba un manojito de llaves de un bolsillo del pantalón.
—No pienso subir.
El hombre había abierto yo la portezuela.
—No voy en auto con desconocidos.
—¿A pie, sí? Si usted quiere, podemos ir a pie; pero creo que eso lo complicaría un poco todo; vivo en San Isidro... —Hizo una breve pausa, y añadió en otro tono, menos bromista—: Ande, suba. No sea niña. No perdamos tiempo.
—Pero, ¿quién se imagina que soy yo?
—¿Otra vez?... Pero ¿no se lo acabo de decir? Me imagino que usted es una pobre chica... O, si lo quiere aún más claro, una chica buena, una chica decente... Tal vez viva usted al doblar la esquina... Salió de su casa para dar un paseito y se le ocurrió pararse delante del restaurante, ¿no?
—¿Cómo lo ha adivinado?
—No hace falta ser un genio. Usted no está vestida como las... Ni siquiera está peinada... —La miró de arriba abajo, y continuó—: Una blusa... Una falda sencillita... No lleva medias... Los zapatos son de tacones bajos... —Husmeó ruidosamente—: No se ha echado ni una gota de perfume...
Al oír las últimas palabras, Beatriz se sonrojó:
—Es verdad. No me he perfumado. Y estoy transpirada.
—¡Mejor! ¡A mí no me gustan las mujeres que se perfuman! ¡Son mujeres desnaturalizadas, disfrazadas químicamente! ¿Usted bebería un vaso de agua con olor de Chanel? ¿Comería usted un pedazo de pan que olera o Chanel? A mí con las mujeres me ocurre lo mismo.
—¿Su esposa no se perfuma?...
—Bastante, por desgracia.
—¿Y qué hace usted?
—Trato de abrirme paso a través del perfume, hasta encontrarla. Y cuando no la encuentro... ¡Bah,

no me preocupo! Ya estoy acostumbrado. Y volviendo a lo nuestro...: ¡suba!
—Bueno, subiré. Pero a su casa, por supuesto, no voy... Yo vivo a unas diez o doce cuadras de aquí: si quiere acercarme hasta allá...
—Yo quiero lo que quiera usted. Vamos.

★

Habían recorrido apenas cinco cuadras. El hombre frenó el automóvil.
—¿Le importa que hablemos unos minutos...
Beatriz se encogió de hombros. El encendió la luz del coche.
Ya es hora de que nos veamos cara a cara.
Beatriz esbozó una sonrisa.
—¿No decía usted que me había visto muy bien cuando estaba mirando a través de la verja?
—Sí, la vi muy bien. O, mejor dicho, la vi muy mal. Vi solamente su expresión, su intensa expresión de deseo. La cara apenas se la vi: su gesto era casi un grito; y uno, cuando oye un grito, no se fija en cómo es la boca.
Era simpático. Alegre. Fuerte. Seguro de sí. Era todo lo que ya había dejado de ser Angel. El hombre tenía la piel curtida por el sol; los ojos, oscuros, relucientes y burlones; y un bigote ancho y petulante. A Beatriz la atrajo. Los hombres con bigotes le gustaban. (Angel se lo había dejado crecer por complacerla a ella.) En su opinión, lo malo del bigote era que alejaba de los labios todo beso de inocencia; y hasta cuando su marido la besaba en la frente o en una mejilla, había en el beso algo inevitablemente carnal.
—¿Por qué fue usted hasta allí, hasta aquel restaurante? —le preguntó el hombre, al par que apagaba la luz.
—Andando, andando, casi sin darme cuenta. Necesitaba respirar. Llevaba muchos días y muchas noches encerrada.
Y se lo contó todo. El la escuchó conmovido, sin parpadear siquiera para no interrumpirla.
—Nuestro médico —terminó ella— dice que es asma profesional...

—¡Pobre! ¿Y en qué trabaja?
—En una fundición... Es ingeniero.
—Tendrán ustedes problemas económicos, ¿verdad?
—No; todavía no. Le pasan el sueldo. Sólo está enfermo por temporadas muy cortas. Además, el seguro de... Por favor, no sigamos hablando de eso...
—Bueno, no se ponga triste... Cada cual tiene su vía-crucis: usted deplora que su marido esté enfermo; en cambio, lo que yo deploro es que mi mujer esté demasiado sana...
—Pero...
—No, no... Me he explicado mal... No piense usted que soy un hombre cruel... En realidad, la salud de mi esposa no me disgusta. Lo que me disgusta es todo lo que se deriva de esa salud de hierro: la incansable actividad de ella, sus ganas de fiestas, picnics, viajes, deportes. Yo trabajo mucho y, naturalmente, me canso; ella no se cansa nunca: siempre tiene una maleta en la mano, o el periódico abierto por la página de los espectáculos. ¿Comprende?... Todo eso es salud; pero su salud va a acabar con la mía.
Rieron los dos. El le pasó un brazo por encima del hombro, y la atrajo hacia sí. Ella lo miró. Los ojos y los dientes del hombre resplandecían en la penumbra como su chaqueta blanca.
—¿Cómo se llama usted?
—Beatriz.
—Yo, Miguel... Los dos nos necesitamos mucho, Beatriz: vamos a ser buenos amigos...
—Es imposible: yo soy casada...
—Está bien; pero no hay que tomar las cosas melodramáticamente. Ya ve: yo también soy casado, y no he dicho que sea imposible nuestro amistad.
—Usted es muy bromista. Yo, no: yo soy...
—Usted es preciosa, Beatriz: con eso tiene bastante. Seamos amigos. Yo viviría pendiente de hacerla feliz en todos los aspectos.
—Es imposible, Miguel: yo soy casada.
—¿Tiene usted hijos?
—No.
—Yo, tampoco. Las cosas se simplifican así. Los casados sin hijos están más libres, tienen menos responsabilidades: vienen a ser como

novios que pueden entregarse al amor... legalmente, sin que la sociedad estorbe sus..., sus expansiones. Sin hijos, todo es más liviano en la vida conyugal. Son los hijos lo que da toda su gravedad y toda su fuerza al matrimonio. Y nosotros, por suerte, no los tenemos.

—No comparto sus ideas...

Le había deslizado la mano por el brazo, y le acariciaba el costado, la cintura... Beatriz, profundamente turbada, estremecida, no tenía energía para rechazarlo. El aliento de él le abrasaba la cara, el cuello, la sangre...

—Déjeme, por favor.

Trató de besarla. Beatriz se cubrió la boca con una mano. Y él le besó la mano allí mismo, afanosamente, como si pudiera traspasarla y llegar a los labios. O como si ya hubiera llegado y estuviese besándolos con frenesí. Se apartó para respirar.

—Déjeme...

Beatriz tenía su propia derrota. Y Miguel la estaba venciendo. En realidad, no era Miguel quien la dominaba en aquel instante. Era lo promesa de la vuelta del hombre a su intimidad, después de una ausencia de dos meses. No era un amor, ni una pasión, ni un ideal, ni una idea, sino algo pequeño, mezquinamente biológico: el deseo. Y ella no podía pecar por semejante cosa. Se quería demasiado. Se quería más que a su deseo, más que a su carne, más que a su avidez de felicidad. Y se quería buena. Uno especie de instinto de conservación la defendía. Si se entregara a Miguel o a cualquier otro hombre, se le abriría de pronto una grieta en su propia estimación. Y por esa grieta se arruinaría toda su dignidad. Lo único que le hacía soportable la enfermedad de Angel —aquel largo y lento calvario— era el saber que ella nunca había desatendido ninguno de sus deberes: la satisfacción de su propia bondad. En cuanto se debilitara por una culpa, la idea que tenía de sí misma correría el riesgo de rodar por esas negras pendientes del espíritu que llevan a la rebeldía, a la desesperación y al auto-desprecio, que es la forma más vil del desamor. Lo que la mantenía buena acaso fuese poco, pero suficiente: el orgullo de no haber sido

nunca mala. No, ella no quería ceder a la tentación.

—Déjeme...

Se zafó del abrazo; abrió la portezuela, y echó a correr calle adelante. Oyó el motor del Packard. Y en seguida la voz de Miguel, que le rogaba desde el auto:

—Espere, Beatriz... Escúcheme...

Ella no le contestó. Ni interrumpió su carrera.

—¿No quiere escucharme? Está bien; no me escuche. Usted no tiene remedio. Todo lo toma melodramáticamente.

Aceleró bruscamente la marcha, y un instante después el automóvil sólo era dos puntitos rojos en la lejanía.



En la radio, la voz desgañada y la voz de faldete continuaban su absurdo juego de acercamiento y desdén, de desdén y acercamiento. Encendió la luz de la cocina. Los mosquitos y los mariposas que estaban en el techo, se lanzaron como enloquecidos hacia la bombilla.

Beatriz, fatigada aún por la carrera, entró en el dormitorio. Angel dormía, aparentemente tranquilo. Le había ocurrido una pesadilla fuera del sueño, en la realidad; pero él lo ignoraba. Tuvo deseos de acariciarlo, y se abstuvo para que no se despertase. Además sentía las manos sucias de los besos de Miguel. Entró en el cuarto de baño, y se las lavó cuidadosamente. Después apagó todas las luces, cerró todas las puertas, se desvistió y se acostó.

El roce con el cuerpo de él la estremeció de pronto, como si no fuera su marido.

En rigor, Angel no era ya su marido, sino su esposo. El esposo es el título, el vínculo, el concepto; el marido es la realidad, el ejercicio del cónyuge, el lazo del abrazo, el hecho matrimonial. Y Angel hacía tiempo que no era su marido plenamente. Ya ni siquiera lo consideraba ella su esposo. Se le había convertido en alguien nuevo, en alguien que necesitaba de ella y que ella estaba en el deber de cuidar.

Recordó las palabras de Miguel: "Son los hijos lo que da toda su

gravedad y toda su fuerza al matrimonio. Y nosotros, por suerte, no los tenemos."

Ella tenía ya un hijo. Angel se había transformado, por su enfermedad, por su desamparo, en el hijo que ella deseó siempre en vano. Sí, eso era: un hijo grande, triste,

molesto y desgraciado, al cual era preciso proteger en todo momento. Al pensar así, se le arrasaron de lágrimas los ojos. Se incorporó y besó la frente de Angel; aquel pobre hijo que no le nació del placer, sino de la larga y dulce aceptación del dolor.

UN MERO ERROR JUDICIAL

— I —

Las creaciones mentales suelen sufrir un proceso de concreción e ir materializándose en algo tangible y a veces siniestro. Algo de eso, cuando no mucho, le estaba sucediendo a Sophie. Páginas, páginas, y más páginas escritas, y otras en blanco, esperando, y un constante disco propalando la misma música. La música en sí, podía no despertar en otros estímulo alguno, pero para Sophie era el trasfondo necesario de toda su vida interior.

Escribía y la escuchaba, y sin ella las ideas se detenían. ¿Evocaba a alguien o algo? Tal vez. Pero Sophie había ya perdido la imagen real de lo que esa música le recordaba, y por instinto de conservación la había sustituido por una nueva imagen tan distante, y tan difícil de alcanzar, como la anterior. Lo malo del caso, era que al aproximarse a la nueva imagen sentía inmediatamente que ésta no era auténtica, sino una mera transfiguración de la primera, impuesta por un imperativo de subsistencia. Un observador atento, pudo haber sintetizado en una sola palabra todo el problema vital de Sophie: Némesis.

— II —

El grito de la sirvienta, horrorizado y entrecortado, atrajo la atención de Germaine, quien acompañada por su hijo, un niño de nueve años, acababa de regresar de la calle. En el comedor diario, sentado en una mecedora de mimbre, se veía doblado el cuerpo de un hombre joven cuya cabeza daba de bru-

ces contra un vaso de cognac derramado sobre la mesa. Exclamaciones, preguntas, llantos... Todo inoperante. Allí quedaba, en su última actitud, trunca, asesinado por la espalda con un vulgar cuchillo de cocina, un estudiante universitario desechado por su familia de aristócratas provincianos a raíz de su temprano matrimonio con Germaine. Alguien en esos momentos pensaba: todo ha concluido; Claude ha dejado de vivir en mí.

— III —

El inspector Leroy miró detenidamente a Germaine. La viuda de Claude aparentaba unos treinta años. Alta, de tez blanca, de ojos rasgados y pardos con largas pestañas muy maquilladas, trasuntaba en su expresión un grado de impermeabilidad que sólo era dable advertir en sujetos paranoicos o en individuos de tensión afectiva poco desarrollada. En todo momento mostró al inspector una barrera psíquica infranqueable similar a la que hubiera ofrecido un pígneno ante la requisitoria de un catedrático de Oxford. Nada parecía traspasar la sensibilidad amurallada de la poco inconsolable viuda.

Cuando Leroy dejó la casa, sólo sabía que Germaine no había sentido la muerte de su esposo.

— IV —

El disco y la misma música. Y Claude muerto, pero la melodía aún indispensable para que So-

phie siguiera viva. Y la verdad era que aquello nunca cesaría. La muerte de Claude no había significado la ruptura de la obsesión y ésta se mantendría vigente hasta que quedara destruida la fijación psicológica que en Claude había encontrado un espejo deformante. Y el disco seguía; era una dulce canción infantil, curioso marco espiritual para quien podía llegar hasta el crimen por olvidar tan tierna melodía.

— V —

— Germaine es una mujer extraña. Pese a la modesta posición económica del pobre Claude, tengo noticias de que muy pocas horas paraba en su casa. Tenazmente nos opusimos a ese matrimonio. No tenemos concepciones de clase, pero Claude pudo haber llevado algo mejor que una pobre muchacha huérfana de pasado dudoso. Para nosotros fue una extraña que robó a nuestro hijo. No creo que Claude haya sido feliz con ella ni con ninguna otra que lo sustrajera de su mundo.

Leroy observó a la madre de Claude, y sólo atinó a preguntarle:

— ¿Conocía su hijo el paradero de Germaine durante las horas en que ésta faltaba de casa?

— Supongo que no. Incluso algunas veces me llamó por teléfono, angustiado por las desapariciones de su mujer. El día de su muerte, fue una de ellas. Germaine había salido hacía varias horas con su hijo, sin haber dejado noticias de su destino.

Leroy no preguntó más. Otra hubiera sido su actitud si en ese momento, simultáneamente, hubiese sido testigo de lo que acontecía en el cuarto de Sophie.

— VI —

El cuarto de Sophie. La mujer echada en la cama y escribiendo algo así como redacciones escolares viciadas por una deficiente ortografía. Sin embargo, en ellas había una enorme ternura que parecía liberarse en cada garrapateo de la pluma, y a la vez un sentimiento fatalista, y casi siniestro,

que acompañaba a la confesión. En determinado momento, Sophie se incorporó a reponer el disco por enésima vez, y su vista quedó detenida en una prenda infantil abandonada al pie de la cama. Con expresión idiota permaneció entonces por mucho tiempo mirando la gorra olvidada por el hijo de Claude.

— VII —

Un aburrido pueblo de la Normandía. Con su alcalde, su párroco, su maestro, y su jefe de correo, reunidos en el café a las doce del mediodía. El inspector Leroy se acercó a la mesa, y minutos después sabía cuál era el domicilio de la madre de Germaine. Cerca del horno, estaba la finca: grande, vieja y arruinada. La mujer, de expresión triste y bondadosa, sólo le dijo:

— Desde que se casó, jamás volví a verla. Germaine se fue de casa al cumplir veinte años. Me visitó dos o tres veces antes de su matrimonio. Nunca quiso hacer lo mismo con su padre, al cual sólo vio una vez, y que me abandonó antes de nacer la niña. El mismo vive a pocos kilómetros de aquí, en la finca heredada de su familia, los Laforet. A mi yerno Claude, sólo lo conocí por fotografía: era muy parecido al padre de Germaine.

— VIII —

El tren marchaba lentamente hacia Marsella. En un compartimiento de primera clase, el inspector Leroy regresaba acompañado por el señor Laforet. De elevada estatura, tez morena, ojos grises, y actitudes desenvueltas, el señor Laforet, con sus cincuenta años bien llevados y su soberbia feudal, explicó desenfadadamente al inspector sus relaciones con la madre de Germaine como una intrascendente travesura juvenil. Leroy se limitó a manifestarle, una vez más, que necesitaba su presencia en Marsella para observar la reacción que la misma causaría en Germaine, a la cual sospechaba de insana y complicada en la muerte de Claude.

La casa estaba en penumbra. El hijo de Claude abrió la puerta a su desconocido abuelo y al inspector Leroy.

—Mamá no está en casa; se fue temprano a lo de tía Sophie.

—¿También fuísteis al mismo lugar el día en que viste a tu papá por última vez? —preguntó el inspector.

El niño asintió con un gesto.

—¿Qué pasó entonces? —insistió Leroy.

—Al volver a casa, mamá me mandó a pedir el diario a la vecina. La encontré después a mamá esperándome en la puerta de calle. Luego entramos y vimos a papá caído sobre la mesa.

—¿Puedes decirme cómo es tu tía Sophie?

—No sé. Nunca la encontramos en su casa.

—¿Podrías llevarnos hasta allí?

Sin responder con palabras, el niño salió a la calle seguido por los dos hombres.

La casa de Sophie era un pobre cuarto de pensión. La puerta estaba entreabierta. Un disco sonando quedamente, indicaba que su acupante no podía estar lejos. De encima de la cama, Leroy tomó un cuaderno, casi íntegramente manuscrito. Era el diario de Sophie. En la fecha de la muerte de Claude, decía: "No quiero matarlo, pero sólo su muerte me librará de esta angustia". Y en la página siguiente: "Claude ya no existe, pero la opresión que me ahogaba todavía sigue".

—Eso es de mamá... es su letra... —gritó el niño. Y en ese momento, otro grito se sumó al suyo. Era el de Germaine, la supuesta tía Sophie, quien, al irrumpir en la habitación, volvió a ver de pronto el rostro de su padre, tan parecido al de Claude. La ligereza del inspector, a duras penas, logró evitar que las tijeras que Germaine tenía entre las manos, se sepultaran en el pecho del señor Laforet. Al abandonar la casa, llevando esposada a la mujer, Leroy pensaba que ése era el verdadero responsable de lo ocurrido.

Y el colosal mecanismo de la Justicia se puso en marcha. Y la Corte de los Assises se constituyó para la vista del homicidio cometido en la persona de Claude. El fiscal acusó a Germaine, y con aire doctoral, evocando a Freud, Adler y Jung, el psiquiatra forense rindió su informe al Tribunal.

Germaine permaneció durante todo el proceso en actitud tal, que hacía presumir que se sentía ajena a los hechos y a su propia causa. Los jurados deliberaron. Desdoblamiento de la personalidad impuesto por la necesidad de intentar remediar como Sophie lo que parecía irremediable para Germaine, una visión del mundo a través de un cristal, trauma psíquico originado por el abandono paterno y degenerado en la búsqueda engañosa de un tercero substituto mediante la vía conyugal, e insatisfacción y desequilibrio mental al no encontrar al padre en el marido, y tentativa de liberación de esa angustia por el camino del crimen... elementos todos estos que los simples jurados extrajeron del alegato fiscal y del dictamen pericial psiquiátrico y que asociados con algunos indicios corroborantes como las oscuras confesiones registradas en el diario que Germaine había redactado al adoptar la personalidad de la supuesta Sophie, produjeron fatalmente la conclusión de que se declarara a Germaine autora material de la muerte de Claude. Con todo, esos mismos elementos sirvieron para que la Corte reconociera su inimputabilidad por demencia y ordenara su reclusión en un manicomio del Estado.

Cuatro años después, un capitán de juego fue detenido por la Policía Judicial, a raíz del homicidio cometido en la persona de un apostador remiso en cumplir su deuda. Indagado por Leroy, confesó ese crimen y además ser el autor de la muerte de Claude por iguales motivos. El inspector obtuvo en seguida por los medios legales pertinentes, la revoca-

ción de la sentencia que declaraba a Germaine autora material de la muerte de Claude, pero ya era demasiado tarde.

La mujer, sentenciada en base a deducciones psiquiátricas y evidencias aparentes, estaba ya irremediablemente loca. Desde el fondo de su celda miró al inspector con expresión absorta y siguió escri-

biendo en su interminable búsqueda literaria del padre perdido. Allí no había fonógrafo ni disco alguno. Tampoco hacía falta. La música obsesiva que la había acompañado tantos años, seguía inintermitentemente en su cerebro. El colosal mecanismo de la justicia había producido, otra vez, un mero error judicial.

Y EL HOMBRE CREO A DIOS

Eduardo Segre era una de las seis personas que viajaban en el desatarralado ómnibus que descendía por la estrecha carretera hacia el valle de General Hoz. Era maestro. Pensó en seguida que, a juzgar por los campos, la gente del pueblo vivía holgadamente. Eso le gustó. Así enseñar es más fácil.

De pronto, fuertes vientos del sur arrastraron unas nubes plomizas y, aunque era mediatarde, la oscuridad se tornó completa. Unos segundos después, inexplicablemente, caía la noche.

—Ya llegamos —dijo el conductor y encendió los faros que iluminaron la carretera.

Segre sintió un estremecimiento de horror al escuchar con las palabras del conductor y el traqueteo del ómnibus, un bramido desafortado. Observó que ninguno de sus compañeros daban muestras de haber oído aquel grito más próximo a la impaciencia que al dolor. Segre también calló y se hizo el disimulado por aquello de dónde fueres etcétera.

—Esa es la escuela —dijo alguien desde el tenebroso fondo del coche.

Vio fugazmente un edificio ruinoso, sin cristales. Apenas concibió que la riqueza del valle permitiese una escuela tan pobre como aquella, pero, de paso, tomó nota de algo curioso: lo calle por la que pasaban, evidentemente la principal del pueblo, estaba formada por casuchas tanto o más paupérrimas que la escuela.

Cortó su pensamiento un segundo alarido descomunal que, como una ola, avanzó por el aire, envolvió con su horror todas las cosas

y se alejó enjandrando nuevos horrores. Segre miró a su alrededor: para los pasajeros del ómnibus no había pasado nada. Pensó si no estaría oyendo cosas raras. La actitud de los pueblerinos lo inquietó, pues juzgaba que era imposible escuchar semejante vozarrón sin espeluznarse. Consecuentemente era una cuestión de cansancio; quizá el viaje de quince horas desde Buenos Ai... Otra vez el alarido se dejó oír como multiplicado mil veces por la desesperación de los anteriores. No, es decir, sí, allí había cansancio y había gritos.

Miró el rostro inmutable de la gente; llegó a una conclusión: estaban acostumbrados.

El ómnibus se había detenido frente al hotel "El Comercio", el único del pueblo y un empleado subió al vehículo.

—¿Me permite que lo ayude...? —le preguntó con una sonrisa cordial.

Su amabilidad hizo que Segre se atreviese a susurrar:

—¡Oiga! ¿Qué son esos alaridos...?

El rostro del sirviente se crispó. Miró al viajero y de un modo soez exclamó:

—¿Cómo?

—Oh, nada... nada... —dijo Segre asustado.

Camino del hotel, Segre quiso saber a qué hora servían la cena.

—En General Hoz —dijo el joven—, de acuerdo con una vieja costumbre, nadie cena.

Segre sonrió. Estaba hambriento. Un poco avergonzado preguntó si por su cuenta y respetando los viejas costumbres de General Hoz no podría adquirir pan, queso, fru-

tas... Llevaba más de diez horas sin probar bocado.

—En el pueblo —contestó el manco— no hay comercios donde usted pueda comprar cosas. Nosotros...

Los cristales de las ventanas vibraron. De la oscuridad, sacudiendo todos los objetos, brotó un nuevo alarido. Segre, desencajado, miró al muchacho, quien, como el que no ha oído nada, prosiguió:

—...formamos una comunidad donde cada uno cosecha lo indispensable para sus... necesidades.

Segre había dejado de escucharlo y lo miraba fijamente intentando descubrir algún efecto, pero el rostro del generalhoccense no acusaba la menor emoción. El viajero pensó si lo que él tomaba por alaridos no sería un simple fenómeno atmosférico cuyas resonancias molestasen a los lugareños, temerosos de ver mermado su turismo.

Muerto de hambre, sin comer y lo que es peor sin poder bañarse, porque el sistema de agua corriente no funcionaba, se metió en la cama, luego de consumir varios cigarrillos.

Un grito lo despertó al amanecer. Se vistió y bajó al comedor donde uno de los mozos le dijo que en General Hoz no se tomaba desayuno. Las cocinas estaban apagadas y el cocinero llegaba a las once para preparar el almuerzo, única comida, ciertamente frugal, que se hacía en el pueblo.

Le señaló el camino de la escuela, no muy distante. Encontró el local desierto y en un abandono humillioso. Apenas había material escolar. A juzgar por los escrementos de los rincones tenía trazas de servir de aposento nocturno para asnos sin dueño.

Un rumor de cascos de mulo y pasos humanos lo llevó a la ventana. Por la calle avanzaba una curiosa comitiva. Hombres, mujeres y niños marchaban cargados, a tal punto que muchos de ellos tropezaban y caían. Mulos y asnos iban también cargados con enormes esteros desbordantes de gallinas, lechones, reses degolladas, cuencos de leche espumosa, cestos de pan fresco... el gentío desfilaría en silencio.

Segre pensó que se dirigían a algún mercado, quizá no muy distante y se dijo que había caído en

un pueblo de avaros que no comían a fin de no disminuir sus riquezas. Faltaban más de cuatro horas para el dichoso almuerzo, así es que hambriento, resolvió seguir la caravana con el ánimo de comprar algo que llevarse a la boca.

La comitiva salió del pueblo y empezó a subir por el camino que conducía a lo alto de la montaña. Segre, unido a los lugareños, formuló a unos y a otros reiteradas preguntas, pero no obtuvo respuesta: allí parecían amar el misterio, comportamiento propio de pueblos ignorantes. Se acercó a un niño, y le preguntó quién gritaba. El niño, apenas sin mirarlo balbució:

—A... o... a... a... —no sabía hablar.

Un alarido descendió de las cumbres y como un trallazo sacudió a la multitud, ¡por fin! que exclamó:

—¡Va! ¡Va!

El alarido era un hecho real y preocupaba a los habitantes de General Hoz. Pero, ¿qué misterioso ser profería semejantes quejidos? Un nuevo alarido paralizó a Segre. Otro y otro. Temió vivir una pesadilla.

El camino concluía en una explanada semicircular cerrada por una bola lustrada de lo que partía un anfiteatro natural cuyas rocas formaban una escalinata por lo que se descendía hasta el mismo borde de una gruta. De la negrura de la sima brotaban los alaridos. Segre retrocedió asustado. De la oscuridad salió un relámpago y seguidamente una garra monstruosa tentó el aire. Era la garra propia de un monstruo, cubierta de escamas por cuyas junturas crecían plumas centellantes. Desde las honduras de la gruta el habitante invisible había olfateado la presencia de los seres humanos porque sus alaridos eran suaves, casi tiernos, como los maullidos de un gran gato. Diríase que sabía próxima la pitanza.

Segre permaneció como fascinado.

Entonces comenzó la más extraña de las ceremonias. De entre los ropas miserables surgieron finas flautas y sonoros tamboriles que tejieron ininterrumpidas melodías. Unas quince o veinte muchachas, como bailarinas de un

ballet dieron unos pasos y ayudadas por hombres y mujeres (los niños permanecían extáticos al borde del precipicio) cargaron con los alimentos y descendieron por la gradería hasta la última plataforma donde dejaban los manjares para ascender en seguida, pues las garras del monstruo surgían de las sombras y apuñaban todo lo que encontraban por delante.

Finalmente, cuando el monstruo dio cuenta total de las provisiones, sin mostrar más que el par de garras, en medio de la música tierna de las flautas, profirió un regueldo y todo quedó sumido en el silencio.

Cumplida su misión la gente regresó por el camino abajo. Así supo Segre que, desde que se tenía memoria, en el valle se vivía para alimentar al dragón habitante de la gruta. Ni siquiera los más viejos recordaban cuándo había empezado a rugir y a exigir. Vivían exclusivamente para él y respiraban contentos cuando, después de la pitanza, se quedaba callado.

—¡Es increíble! —susurró Segre. ¿Era posible que aquel monstruo, quizá impotente en su cubículo, pudiera dominar a un pueblo con el solo artificio de sus rugidos?

Escuchó a los más viejos y a los más jóvenes. Nadie se atrevía a quejarse. No se sabía cómo pero el dragón adivinaba sus más ínfimas quejas y entonces no se conformaba con el sacrificio del pueblo, exigía víctimas humanas, especialmente doncellas que desaparecían para siempre.

★

En los días siguientes, Segre luchó para darle a lo escuela un aspecto consecuente con su destino, pero descubrió que los niños no acudían a las clases; los padres los empleaban al servicio del monstruo. Desde las ventanas de lo escuela, presenciaba el desfile desolador todas las mañanas. Había escrito a sus superiores, pero al ver que pasaban los días sin obtener respuesta, comprendió que la oficina de correos interceptaba su correspondencia. Decidió viajar a la capital en demanda de ayuda; la ignominiosa situación de General Hoz no podía prolongarse más

tiempo. Los niños no acudían a la escuela y se morían de hambre.

—Iré a Buenos Aires —resolvió.

El conductor del ómnibus, amablemente le dijo que para los próximos seis meses los asientos estaban vendidos y lamentaba no poder llevarle a la estación de ferrocarril distante de General Hoz unas seis horas de viaje. Otro medio no existía. Hacer el camino a pie era imposible.

Desde ese momento se consideró prisionero del pueblo.

Tuvo una idea. Divulgó la noticia de que deseaba hablar a los padres de familia y a quienes quisieran concurrir al vestíbulo del hotel para tratar un asunto de sumo interés.

A la hora señalada, lentamente, como desgranados, fueron apareciendo algunos hombres; luego llegaron las mujeres y los niños. Los primeros en acudir ocuparon las sillas disponibles. El vestíbulo resultó reducido para contener a la multitud que se extendió por el comedor, pasillos y terrazas hasta llegar a las calles próximas al hotel. El pueblo en pleno había acudido, así es que para que todos oyeran lo que Segre pensaba decir, los electricistas colocaron unos altavoces.

Segre estaba un poco pálido. Se sentía como dueño del futuro de aquella pobre gente. Por fortuna, en lo alto de la cumbre, el dragón dormía ahito.

—El problema que me ha inducido a reunirlos aquí —dijo Segre— es grave y está relacionado con mi misión entre ustedes como maestro y con... ese monstruo que se alberga en la montaña...

Lo interrumpieron:

—Creímos que hablaría de la escuela...

Las voces se hicieron cada vez más violentas; el maestro carecía de autoridad para tratar otro tema que no fuese la educación de los niños. Ellos habían pensado...

—Escuchad... —gritó Segre.

Como si despertase de su letárgica digestión para lanzar sobre el pueblo un llamado de alerta el dragón profirió un rugido. La multitud se estremeció.

—Escuchad... escuchad... —gritó Segre de nuevo—. Nada tenéis que temer. ¿No véis que la libertad está a alcance de vuestras manos?

Este valle es rico, y, sin embargo, vivís en la pobreza. ¡Basta! Hay que matar al monstruo...

Un grito, que esta vez partió de la multitud, ahogó las últimas palabras del maestro. Se oyeron los primeros insultos. A través de una ventana alguien arrojó una piedra que golpeó a Segre en la frente. Se secó la sangre y prosiguió:

—Siempre hay ignorantes... pero no todos sois ignorantes. El monstruo está explotando al pueblo; aquí no se come, no se vive, pensando siempre en alimentar al monstruo. Habéis abandonado la escuela, los caminos, vuestros hogares... Sólo pensáis en las fauces de ese demonio... Tengo un plan para...

Un hombre alto, flaco, con los cabellos sobre los ojos, se adelantó. Con una sonrisa cínica inquirió:

—¿Cuál es tu plan?

Bien comprendió Segre que aquel hombre nunca estaría a su lado. No obstante dijo:

—Muy sencillo: reducir al monstruo por el hambre. Es evidente que no podrá salir de su escondrijo. Los caminos de la montaña no son apropiados para su mole... que a juzgar por lo que come debe ser gigantesca.

El hombre lo interrumpió con una carcajada; se volvió de espaldas a Segre y de cara a sus vecinos:

—¡Valiente plan! ¿Habéis oído...? —miró de nuevo al maestro y amenazándolo con un dedo dijo—: Eres un estúpido, maestrillo. El... no necesita comer. Puede pasar siglos sin probar bocado; devora las provisiones del valle como un honor a nuestro esfuerzo; tan grande es su magnanimidad...

Segre, enardecido, exclamó:

—Es necesario destruir a ese monstruo. Haremos volar los cantiles con dinamita. Iremos a la capital y pediremos aviones que arrojen cargas explosivas en la gruta. Debemos hacer algo. Pensad en vuestros hijos. Esta situación es insostenible —y agregó—: Es nece-

sario que ustedes colaboren conmigo. Iremos a Buenos Aires, allí tengo amigos... Nos ayudarían. Ustedes no viven como seres humanos sino como autómatas. Tienen que conocer la libertad... Además, tengo una sospecha...

Un nuevo rumor movió al gentío. Muchos de ellos no habían conocido otro modo de vida y hablarles de la libertad era como hablarles de la luna. Los más viejos meneaban la cabeza preocupados por las ininteligibles palabras de Segre. Las mujeres, estúpidamente, lloraban.

Sin una palabra, como movida por un resorte, la multitud dio un paso al frente. Segre intentó hablar. Debían unirse y matar al monstruo. Las voces aumentaron de tono. Educar a los hijos con nuevas ideas. Las voces se convirtieron en gritos enloquecidos. ¡Huú! ¡Huú! ¡Huú! Nacer no sería una maldición. La muchedumbre dio un paso más. ¡Huú! ¡Huú! ¡Huú! Muerte al monstruo. ¡Huú! ¡Huú!

De los labios de Segre brotó un gemido, unas palabras confusas; algo así como: "Dios mío... los hombres nunca te conocerán". Y los hombres dieron otro paso. Otro. Otro. Una ola, infinita y negra, interrumpió las palabras de Segre que todavía intentó retroceder ante el alud humano, pero a sus espaldas la muchedumbre había derribado las paredes y de manera incontenible avanzaba, avanzaba...

Nota: En sus andanzas, Segre había visitado el valle vecino de tierras áridas, mal regadas e improductivas donde, sin embargo, los habitantes vivían muy bien. He aquí el tenor de su sospecha; recuérdese que del monstruo sólo se escuchaban los rugidos y se veían las garras. Segre llegó a pensar que, como obra diabólica de los habitantes del valle vecino, sólo existían las garras y se escuchaban los rugidos.

CIBERNÉTICA

Siempre creí, en el juego de las interpretaciones evadidas del lugar común, que "cibernética" era una expresión casi indescifrable para los paganos de la mística científica y totalmente inalcanzable para los que nos hemos inclinado por la letra haciendo abstracción del número. La Enciclopedia dice, con su definición inamovible, que "cibernética" proviene del griego —kybernan, gobernan, hypernetiké— y que encierra "aquella parte de la política que trata de los medios de gobernar". Claro que la Enciclopedia atrapó esta palabra en su significado etimológico y en los albores de su existencia, todavía tan llena de interrogantes pero ya tan decidida a convertirse en el eje de una era marcada por el advenimiento del acontecer atómico. También es posible que al escribir "gobernar" no se explicara demasiado si ese *gobierno* sólo hacía referencia a una mera forma de concentrar y ejercer el poder desde una facultad humana o si también podía referirse a la fantástica posibilidad de que tal *gobierno* pudiese ser ejercido por un comando estrictamente mecánico. Lo que es probable acaso es que entonces ni se soñara con el alcance casi inverosímil ofrecido hoy por un comando que impone sus leyes electrónicas aunque en el fondo obedezca a su vez órdenes que provienen, naturalmente, de un comando humano altamente evolucionado. Einstein fue el augur que sacó a la humanidad de su interpretación cartesiana y absoluta para llevarla de la mano hasta su universo tan desafiante de relatividades y tan opulento de fórmulas y conquistas que iban a señalar el comienzo de la edad nuclear.

La primera vez que me vi frente al "monstruo" cibernético, la última computadora electrónica perfeccionada al servicio de la información, confieso que experimenté un sobresalto de angustia, mezcla de asombro y de consternación, como quien contempla el desplazamiento del destino humano y se siente impulsado a cualquier cosa por detenerlo a tiempo.

El técnico que me acompañaba se complacía en señalarme la ciclópica capacidad de la computadora: identificación, ordenación, clasificación, distribución, racionalización, estadística. El rechazo de las consultas equivocadas. Las respuestas mediante interrogantes cuando la pregunta es mal formulada. Y en su orgía dialéctica me iba anticipando las condiciones del cerebro electrónico. Y de la computadora que dará un diagnóstico médico. Y la otra que certificará la autenticidad de un texto o sugerirá un plagio. Y la otra que tendrá una memoria con vacío latente como la del hombre. Y la otra... Dios mío, el fiel re-

flejo del cerebro humano, de la memoria humana, de la sensibilidad humana, de la histeria humana, porque ese complejo engranaje si no está "cómodo", si la temperatura no le es propicia o si se ha fatigado mucho, reacciona histéricamente y se niega a continuar sirviendo. Dios mío, ¿qué será del hombre?, gemía yo en silencio mientras el eficiente técnico iba contando hazañas y cantando loas a todas las válvulas, transistores y células fotoeléctricas que rigen las computadoras. Y yo agregaba siempre para mis adentros: ¡oh, que se salve el amor...!

Esa fue mi primera impresión, desordenada e impetuosa. Después vino la reflexión y el enfoque cabal del problema. De todos modos la conquista electrónica es ya un hecho y la historia no desanda camino. No queda otra alternativa que familiarizarse con ella y estrechar lazos de amplia colaboración. Y en esa colaboración salvar una dignidad exenta de celos y temores e imponer un temple que alegue la supremacía del hombre sobre todas las excelencias que los "erzats" del hombre puede soportar. Después de haber ensayado durante milenios el gobierno de los hombres, con sus infinitas falibilidades, aceptemos ahora el advenimiento de una conducción señalada por la técnica —tecnocracia— aplicada a multiplicar, desarrollar, evolucionar y solucionar esfuerzos humanos que tantas veces fueron estériles. Tal vez cuando el hombre llegue a distraer menos esfuerzos en tareas electrónicamente reemplazables, encontrará más tiempo para plantearle a su espíritu muchos interrogantes hasta ahora sin respuesta. Pero que se deberá responder si quiere encontrar el camino de su salvación.

Los inventos del hombre necesitarán siempre del hombre para entrar en acción. Todo lo que esos inventos pueden aportar al hombre es la aceleración de sus procesos y la aceleración de las investigaciones científicas que su ambición persigue.

Un biólogo norteamericano, Basil O'Connor, ha declarado hace algún tiempo que ya está en condiciones de iniciar experimentos de genética destinados al control preventivo de la inteligencia humana: "Todos los hombres nacerán perfectos". Otro investigador anuncia que los científicos soviéticos están dedicados hace tiempo a la creación planificada del superhombre. Esto quiere decir que a la realidad de un supermundo ya le podemos oponer la esperanza de un superhombre y que la biología marcha con el mismo ritmo que la carrera tras los electrones, neutrones, protones y mesones y toda la ronda de la desintegración nuclear. De modo que será llegado el momento de abrir paso a una nueva humanidad e incorporarse inteligentemente a ella. En función de superhombres. Y, naturalmente, de superfeminas.

Malena Sandor

"CIBERNÉTICA". TECNOLOGÍA COMÚN PARA LAS CIENCIAS NATURALES Y CULTURALES

En la revolución técnico-científica de los últimos 35 años, la "cibernética" ha producido un milagro hasta ahora desconocido: brindar un método y un mecanismo de trabajo común para el tratamiento de la información, que puede ser aplicado tanto a las ciencias de la naturaleza, como a las del espíritu, a las disciplinas que estudian al individuo como a aquellas que analizan la sociedad.

Creemos, firmemente, que el asombroso progreso del presente se debe, en gran medida, al rápido intercambio de informaciones entre las distintas disciplinas científicas y técnicas, y entre ellas y la sociedad. El grave problema de la "incomunicación" entre la ciencia y las técnicas,

por una parte, y la sociedad que puede utilizar sus progresos, por la otra, ha sido hoy superado merced a la "cibernética".

¿Pero qué es la "cibernética"? ¿Quién fue su verdadero fundador?

La "cibernética" es el resultado de una serie de integraciones científicas, en las que han colaborado físicos, matemáticos, neurofisiólogos y los más diversos niveles de especialistas en tecnologías eléctricas y electrónicas.

Aunque Ampère ya había utilizado el término, fue Norbert Wiener, fallecido en 1964, el verdadero padre de la "cibernética". Este sabio estadounidense, cuyo genio matemático fue mundialmente reconocido, construyó durante la última guerra mundial, una "máquina" que hoy conocemos como "Computador Electrónico". Con el mismo pudo calcular todas las posibles evoluciones de un avión de guerra y, en esa forma, posibilitar una mejor defensa antiáerea. Esa "máquina" se puso a prueba, con toda eficacia, en la ofensiva de las Ardenas, en la lluvia de "V-1" sobre Londres y en los ataques de bombarderos.

Fue también Wiener quien habló de "cerebros electrónicos", comparando el mecanismo de un computador con el sistema nervioso del hombre, cuando comprobó que la selección de datos por "memoria" y la facultad

de prever y acumular información, no es privativa del cerebro humano.

Claro está, que estas máquinas no piensan, por así decir, "por su cuenta". Tanto los equipos denominados "convencionales" como los computadores electrónicos, no pueden funcionar sin un "programa" previo, que debe ser elaborado por el hombre.

Las diferencias entre un equipo convencional y un computador electrónico son cuantitativas y cualitativas. Un equipo convencional, [denominado de tabulación y estadística, es un conjunto de máquinas, electromecánicas y electromagnéticas, con posibilidades limitadas, para realizar trabajos estadísticos que requieren cálculo e impresión alfabética y numérica. En cambio, un computador es un conjunto de máquinas provistas de elementos electrónicos (transistores, válvulas y células fotoeléctricas) con posibilidades muy amplias para realizar todo tipo de trabajos, ya sean científicos o bien de controlador estadístico para el comercio, la industria o cualquier actividad humana que deba ser analizada en frecuencias determinadas.

Esos equipos alcanzan grandes velocidades en los diferentes procesos de reproducción, clasificación, cálculo e impresión de resultados, aún cuando deban combinar sus operaciones. En los de-

nominados convencionales la "tabuladora" puede alcanzar velocidades relativas y llegar hasta 150 líneas de impresión por minuto. Pero en un computador, gracias a su sistema de lectura por células fotoeléctricas, es posible lograr velocidades de impresión que superan hasta tres o seis veces las de un equipo convencional. Además, el computador permite una mayor seguridad en los procesos por su gran capacidad de controles en cada una de sus etapas operativas.

¿Cuál es el rendimiento social positivo que la "cibernética" ha aportado? Esta pregunta la contesta G. Rattray Taylor, con las siguientes palabras: "cada día es mayor la tarea de extraer y clasificar la creciente abundancia de publicaciones científicas que aparecen en todo el mundo; todos los días, en unos u otros lugares, surgen tres nuevas revistas científicas; una firma americana ha calculado que "para cualquier investigación cuyo costo sea menor de 100.000 dólares es más sencillo repetir la investigación que buscar todas las publicaciones que aborden el problema". Como los computadores pueden clasificar y almacenar toda esa información, la búsqueda de datos puede reducir a pocos minutos el trabajo que antes insumía a un empleado un día entero. ("Revista de Occidente", Madrid, Agosto 1964, Nº 17, págs. 177 y 199).

Esas ventajas del progreso tecnológico que la "cibernética" ofrece, no sólo deben aplicarse a las investigaciones y tareas de las ciencias naturales, sino que deben también extenderse a las ciencias culturales, entre ellas las jurídicas y sociales. No es posible que mientras la matemática, la física y la biología moderna amplían hoy sus investigaciones casi al infinito, con ayuda de la "cibernética", en sociología y ciencias jurídicas sigamos trabajando con los métodos y técnicas del siglo XIX. Por ello auspicié la fundación de "CIBERNÉTICA ARGENTINA", en 1958, y de los "Centros de Estudios Sociales y Tecnológicos de Opinión y Planeamiento", en 1964, precisamente, para realizar estudios sobre conducta humana como "fenómeno de masa", especialmente vinculados a la Política, la Sociología y la Criminología. Con el auxilio del computador se someten esos fenómenos humanos al análisis deductivo e inductivo y se extraen las "tendencias" que de ellos se derivan (encuestas y estudios de mercado, sondeos de opinión).

Todo ello nos permite pensar que a medida que los computadores progresen y se perfeccionen, serán la consecuencia lógica de un nuevo y más alto plano intelectual alcanzado por el hombre para crearlos y controlarlos. El hombre "obliga" al computador a mayores esfuerzos; pero tam-

bién el computador "obliga" al hombre a seguido en su marcha ascendente.

¿Cuáles serán los beneficios que cosecharán con la técnica "cibernética" el hombre de hoy y el super-hombre del futuro?

Ya es evidente que en la actualidad los investigadores, los profesionales especializados y hasta los jefes de empresas, se encuentren liberados, merced a la tecnología "cibernética" de las tareas de rutina o reiterativas y, en esa forma, disponen de mayor tiempo para pensar, imaginar y sobre todo crear. Frente a ello es lamentable comprobar que, en nuestro medio, muchos de los denominados ejecutivos realizan tareas casi subalternas, de controles y análisis, que las máquinas pueden efectuar con mayor e indudable exactitud en plazos que se miden por segundos y minutos.

Cabe una última pregunta que formulo en mi carácter de abogado: ¿Será posible, algún día, que un computador muy perfeccionado, pueda llegar a administrar justicia?

No creemos que un computador, por mayor perfección tecnológica que alcance, pueda "administrar" justicia. Adviértase que decimos "administrar", es decir, discernir justicia. Porque en la valoración pluridimensional de una sentencia judicial, entran no

solamente elementos jurídicos sino también filosóficos y espirituales, poderaciones de conductas racionales y comportamientos irracionales o patológicos, especialmente en derecho criminal.

Pero si bien un computador no podrá "administrar" justicia, sí podrá "participar" en la administración de justicia. Esa participación será cada día mayor. Los computadores clasificarán y almacenarán toda la legislación y la jurisprudencia; serán utilizados para confeccionar los resúmenes o "resultandos" de los expedientes (que serán tabulados) y para la elaboración de los "considerandos" ofrecerán la síntesis de la jurisprudencia y los precedentes aplicables al caso. También serán los computadores de gran utilidad para la valoración crítica de las declaraciones testimoniales (previamente tabuladas), confrontando sus analogías y contradicciones. Lo mismo ocurrirá en la apreciación de las pruebas periciales, cuando las discrepancias de los expertos se apoyen en tendencias científicas poco divulgadas y fuere menester corroborar las fuentes de información.

No creemos que estamos superando los límites de la imaginación. Ya lo afirmó Haldane con su preclaro talento: "lo que no fue, será; y a esto no escapa nadie".

Dr. José E. Terza

LOS PRESUPUESTOS HUMANOS EN LA MECANIZACIÓN RACIONALIZADA DE LAS EMPRESAS PRIVADAS

Sobre el tema "mecanización de empresas privadas" mucho se ha escrito acerca de sus técnicas y posibilidades, llegándose a cifras y velocidades casi astronómicas, que confunden a los no versados en la materia. Más aún, crean la falsa idea de que esas "máquinas" son hábiles y capaces de realizar todo por sí solas.

Todo eso que está algo lejano de la realidad, ha perturbado, entre nosotros, la marcha ascendente en la aplicación de técnicas de mecanización. Numerosos empresarios manifiestan cierto temor a lo desconocido, especialmente ante las modernas técnicas de racionalización para la mecanización administrativa, contable y estadística. Con la secuela necesaria de reajustes en el personal

técnico y la resistencia "a priori" del mismo, por el posible desempleo o simple cambio de funciones.

Sin embargo esos temores son infundados. Es verdad que nos hallamos ante una continua e ininterrumpida aparición de nuevos equipos cada día más veloces y con mayores posibilidades de desarrollo, merced a la aplicación de la técnica electrónica. Pero esas "nuevas herramientas de trabajo" para la moderna empresa, siempre requieren un elemento insustituible para su conducción integral: el "hombre".

Claro está que ese "hombre" debe ser un experto en el uso de los nuevos elementos de mecanización, conocidos como "cerebros electrónicos" (su verdadero nombre, "computadores"). Ese "hombre" —denominado "operador"— debe estar especialmente entrenado para interpretar las órdenes a cumplir y las tareas a desarrollar por las máquinas; todo ello, de acuerdo a lo estipulado por otro grupo de especialistas denominados "programadores".

La "programación" es la función que realizan técnicos especializados en el uso de lenguajes de "computadores". Deben tener un conocimiento cabal de las posibilidades de desarrollo que los "computadores" poseen. Los "programadores" realizan un trabajo que consiste en "traducir", en el lenguaje del "computador" las órdenes que éste debe recibir para cumplir cada uno de sus pasos que, a su vez, otros técnicos —denominados "analistas de sistemas"— han planteado para el desarrollo de una tarea.

Pero esa cadena de funciones humanas debe formar un todo homogéneo para lograr la mecanización racionalizada de las tareas. Esa unidad y coherencia se halla a cargo del "organizador". El "organizador" debe interpretar las reales necesidades de una empresa y, en armonía con los deseos de los ejecutivos de la misma, determinar las distintas etapas, enfoques y análisis que deben desarrollarse para llegar, en forma técnica y económica, a la obtención de las informaciones más necesarias y convenientes.

"Organizador", "analistas de sistemas", "programadores" y "operadores". Todos esos elementos humanos han nacido conjuntamente con el advenimiento de los "computadores". Porque el "computador" sólo reemplaza al hombre en las funciones menos técnicas y en las tareas más rutinarias dentro de la organización. El "computador" promueve la jerarquización de las funciones mediante su tecnificación. Es decir, no crea el desempleo masivo. La mecanización racionalizada eleva el nivel funcional al producir mayor cantidad de datos e informaciones con menos tiempo y costo. Esa mecanización ayuda al crecimiento y

desarrollo de la empresa moderna y, por consiguiente, promueve mayores posibilidades de funciones técnicas.

Determinados estos presupuestos humanos en el advenimiento de la llamada "era del computador", analicemos ahora cómo esta nueva técnica puede ser aprovechada por la pequeña, mediana y aún por la gran empresa, sin necesidad de formar previamente el "equipo humano" y sin hacer frente a las fuertes erogaciones financieras que la instalación y puesta en marcha de un "computador" propio reclaman.

Desde hace varios años funcionan en nuestro medio, como en los países más adelantados del mundo, los llamados "centro de cómputos" o "Service Bureau", es decir, empresas que tienen instalados equipos convencionales y computadores electrónicos, con su dotación de técnicos, al servicio de la industria y el comercio, para resolver sus problemas de mecanización en forma total o parcial y, en algunos casos, en forma auxiliar para los equipos ya instalados.

Estos "Service Bureau" han nacido como consecuencia de las dificultades en el factor "hombre", es decir, para formar y constituir los grupos de técnicos que necesite cada empresa para su propio equipo.

En nuestro país funcionan varios "Service Bureau" que se dedican a esas tareas, aplicando en forma absolutamente técnica y profesional, los procedimientos y máquinas que mejor se adecúan a las reales necesidades de cada usuario, sin que en ello influya la política de ventas de una determinada marca de equipos.

En el conjunto hasta ahora reducido de empresas de "Service Bureau" figuran en lugar destacado, "CIBERNÉTICA ARGENTINA S.C.A.", que opera con equipos convencionales desde 1958, y "C.E.S.T.-O.P. Centros de Estudios Sociales y Tecnológicos de Opinión y Planeamiento", que opera con "computador electrónico" desde comienzos del corriente año. Ambas entidades con sus equipos de funcionarios técnicos y sus elementos electromecánicos y electrónicos, contribuyen eficazmente a la solución de los más diversos problemas de mecanización racionalizada, de acuerdo a las reales necesidades de las empresas que solicitan sus servicios.

En "Perfil del Futuro" Arthur C. Clarke vaticina que a partir de 1970, el mundo entrará en lo "puramente fantástico", teniendo en cuenta el extraordinario avance tecnológico acaecido en los últimos 35 años. Ante esa perspectiva que, sin duda, abarcará también la actividad empresarial, cada vez más compleja y tecnificada, confiamos que los hombres y equipos de "CIBERNÉTICA ARGENTINA" y de "C.E.S.T.O.P." podrán cumplir funciones de mecanización racionalizada en niveles muy satisfactorios. Los resultados hasta ahora logrados así permiten afirmarlo.

Jorge Rodríguez

ELECTRÓNICA Y CONTABILIDAD

TAREAS DE MECANIZACIÓN ELECTROMAGNÉTICA Y ELECTRÓNICA EN EL "PRO- CESO" DE LA CONTABILIDAD MODERNA

En este mundo actual en permanente transformación, los hombres de empresa se hallan en un estado de tensión casi permanente. El ritmo empresario debe acelerarse para igualar con una mayor producción el curso siempre ascendente de la inflación permanente. Se adoptan nuevas tecnologías en los procesos industriales y los más ingeniosos mecanismos publicitarios para intensificar las ventas.

Pero hay algo que siempre queda relegado, como si no tuviera importancia, como si fuera algo superfluo: la organización administrativa y contable, adecuada a ese ritmo cada vez más acelerado.

Ese olvido o menosprecio por una modernización del "proceso" contable impide a los empresarios tener, con la debida antelación, un diagnóstico-pronóstico de su verdadera posición económico-financiera. Por ello oímos a numerosos empresarios formular la siguiente pregunta: ¿por qué razón la contabilidad no llena su verdadero cometido?

Para contestar ese planteo debemos comenzar por el problema metodológico. En nuestra opinión, la contabilidad común no satisface a los directivos, por la tendencia a desarrollarla mediante planes de cuentas muy compendiados. Por tal razón, aún en el supuesto de mantener sus registraciones al día, no surgen, con fluidez, las informaciones que necesita el ejecutivo de la empresa moderna.

Los directivos y ejecutivos sienten que la "acción contable" no está a la altura de las ideas que ellos tienen o se han formado de la misma. Esa contabilidad no les satisface. Debe acudir a otros procedimientos. ¿Pero cuáles?

En las empresas que no utilizan sistemas mecánicos de registro contable, el desarrollo de los planes de cuentas compendiados exige realizar una ardua tarea, en una proliferación, cada vez mayor, de libros auxiliares tabulados, con los imaginables inconvenientes prácticos y los muy relativos resultados que la experiencia ha demostrado.

(Por tales razones, en la evolución que experimenta constantemente la técnica contable, la incorporación de máquinas de contabilidad de "registro directo" ha obviado, en parte, esos graves inconvenientes.

El análisis minucioso de los actos económicos-financieros, su respectiva comparación y correlación entre períodos consecutivos, la prontitud y periodicidad con que dichos estados deben ser confeccionados, son imperativos categóricos de la época que vivimos.

El ejecutivo necesita conocer, en el mínimo lapso posible, las distintas variaciones que experimenta cada uno de los sectores que componen el patrimonio activo y pasivo de la entidad, así como las causales favorables y adversas que originan esas variaciones. En suma, hoy la "ecuación dinámica" de la empresa es más una necesidad que una aspiración.

Si bien con la incorporación de las máquinas de contabilidad de registro directo se ha dado un gran paso para la materialización de la tarea contable, su campo de aplicación tiene un ámbito muy limitado. Cuando las tareas de detalle son de cierta relevancia numérica se hace necesario acudir a otros sistemas de registro de mayor potencia y ductibilidad, como las máquinas de tabulación a base de tarjetas perforadas (equipos convencionales) y los "computadores" electrónicos.

Pero no siempre la dimensión económica de la empresa justifica la adquisición de esos equipos, que son de elevado costo y requieren conocimientos técnicos especializados para su provechosa utilización. Este inconveniente, aparentemente insalvable, tiene su solución mediante el aditamento de dispositivos especiales a las máquinas de "registro directo", o bien con elementos auxiliares, de bajo costo, que se instalan en las sedes de las empresas.

Con esos elementos, la registración de los actos contables en la contabilidad principal, o la formulación de los documentos básicos requeridos en el movimiento de la empresa, quedarán en esta forma impresos, en cintas perforadas, en el orden en que se efectuaron.

El análisis estadístico, agrupamiento y tabulación de estados y pronósticos económicos y financieros, mediante la utilización de la referida cinta perforada, estará, luego, a cargo del "Service Bureau" especializado en esas tareas, los que cuentan para ello con equipos electromagnéticos y electrónicos de alta velocidad y gran ductibilidad.

Sin pretender agotar la nómina de trabajos que pueden ser ejecutados mediante el referido sistema, agrupamos en tres sectores algunos de los más corrientes:

Primer Sector: Análisis de documentos a cobrar y a pagar:

Con esos estados el empresario dispone de los elementos que permiten apreciar, en cualquier momento, la composición analítica de tales inversiones, mediante un listado confeccionado periódicamente, totalizado por día, mes y año de vencimiento. Asimismo, se procesan los datos por acreedor y deudor. Por último, con los mismos elementos, pueden confeccionarse los avisos de vencimiento para ser remitidos a los respectivos responsables.

Todos esos datos son, sin duda, de gran utilidad para la formulación de los presupuestos financieros.

Segundo Sector: Control del movimiento de los elementos que constituyen las inversiones en bienes de cambio:

Bajo este tópico la gama de tareas que pueden ser realizadas es muy amplia: formulación de la factura de venta; estadísticas en toda la amplitud del término (por artículo, zona, vendedor, etc.); listado de inventario permanente, complementado con el movimiento de entradas y salidas y el cálculo del precio promedio; cuadros comparativos por artículo, de precio de costo a precio de venta; liquidación de comisiones a vendedores, etc.

Cuando se trata de empresas industriales, el descargo del "stock"

de almacenes tendrá su correlativa apropiación en las respectivas órdenes de fabricación.

Como puede apreciarse, todos esos procesos persiguen las siguientes finalidades principales:

- 1) Determinar la responsabilidad definitiva de las personas a quienes se encomienda el manipuleo y conservación de las mercaderías y, al mismo tiempo, establecer las causas y montos de los faltantes o mermas que se observan.
- 2) Regular las compras, dirigir las ventas y mantener el "stock" dentro de la mínima inversión de capital. Además, se obtiene regularmente, la información necesaria para la confección de los presupuestos de compra y venta, control de inversiones improductivas y los análisis de productividad de la empresa.

Tercer Sector: Liquidación de sueldos y jornales:

Esta tarea involucra los cálculos necesarios para la determinación del jornal o sueldo bruto; la fijación de los distintos conceptos por descuentos y deducciones establecidos por leyes sociales; en las empresas industriales, la apropiación de los jornales a las respectivas órdenes de fabricación; la confección de listados y planillas requeridos en la práctica comercial, como así también el cálculo del sueldo anual complementario; y la formulación del recibo que justifique el pago.

Todos esos datos, además de llenar las finalidades comunes, son de gran utilidad para el control del presupuesto preventivo de sueldos y jornales.

La Contabilidad moderna es un "proceso" y no un "producto". En ese "proceso" no pretendemos desplazar el centro de gravedad que ha sido y debe seguir siendo, el profesional especializado. Pero eso sí, los "instrumentos" para realizar las tareas debemos escogerlos de la tecnología moderna, electromecánica y electrónica. Solo así puede alcanzarse una continuidad con jerarquía y control, en la misma medida que lo requiere el progreso y crecimiento de cada empresa.

A esos fines, un estudio previo de las necesidades de la empresa determinará, en cada caso, la amplitud y modalidad de las tareas que pueden realizarse mediante esos sistemas. Para ello técnicos especializados deben formular los planes que permitan adecuar su organización interna con el mayor aprovechamiento del sistema. Así procedemos en "CIBERNÉTICA ARGENTINA S.C.A." y en "C.E.S.T.O.P.", con resultados muy satisfactorios para los usuarios que ven modernizada su organización con notoria disminución de costos.

Dr. Juan C. Leoni

TECNOLOGÍA Y ESTADÍSTICA

BASES TECNOLÓGICAS DE LA CONTABILIDAD- ESTADÍSTICA DEL ESTADO MODERNO

En esta Era de la Ciencia y de la Tecnología, la Contabilidad, en sentido moderno, ha dejado de ser lo que fue hasta ahora: el registro histórico de los hechos de la empresa. La Contabilidad hoy debe ser, ante todo, un órgano y un instrumento para el manejo del complejo industrial o comercial. Para ello debe alcanzar dos objetivos fundamentales: estar permanentemente al día; y analizar eficazmente todos los factores que inciden en la situación patrimonial, económica y financiera de la empresa.

Esos objetivos vinculados a los actos económicos y financieros de la empresa, deben ser absorbidos por los planes de cuentas. Y como esos planes deben ser lo suficientemente amplios y analíticos, poco a poco la Contabilidad se ha transformado en Estadística. La Estadística, en última instancia, no es sino el análisis de hechos pasados que permiten prever

el futuro, para tomar decisiones en el momento oportuno.

Esas características de la Contabilidad y de la Estadística son indispensables en la empresa moderna. Pero como esos análisis deben estar en conocimiento de la gerencia en "tiempo oportuno", se ha hecho necesaria la intervención de un nuevo factor suministrado por la tecnología moderna: las máquinas, sobre todo las de tipo electrónico, más concretamente, los "computadores", que permiten tener actualizados los datos y, cuando ello es posible, hasta los hechos ocurridos en las horas anteriores al registro.

Todo lo expuesto es rigurosamente aplicable a la empresa grande y mediana del derecho privado. Pero esos conceptos también deben ser trasladados al Estado moderno, ya que del punto de vista operativo, el Estado es una gran empresa, sin duda, la mayor de todas.

Esos análisis e informaciones que los "computadores" suministran a las empresas de derecho privado, son aún más importantes —y por otras razones— en el Estado moderno; ya sea para conocimiento de los poderes que forman el Gobierno, como asimismo para los funcionarios de cierta jerarquía. A todos ellos les llevamos a un límite similar al de tipo "gerencial" en la empresa privada, pues no encontramos ele-

mentos cualitativos que permitan diferenciarlos.

Es obligación perentoria del moderno Estado democrático brindar, periódicamente, la información que permite en el juego de las instituciones republicanas, un control muchas veces olvidado, el denominado "control popular". Con el mismo se evitarían decisiones erróneas, fundadas en datos inexactos o, en ocasiones, no vigentes. Ese control permanente permitirá adoptar no solamente las soluciones correctas, sino también en el "momento oportuno".

Ese criterio de "oportunidad" debe conjugarse con otro dato de la realidad social: cada día nace una nueva necesidad que debe ser atendida por el Estado moderno, aun cuando quienes detentan la función pública sean enemigos de la estatización de funciones. En tales condiciones, el funcionario público de cualquier jerarquía, incluyendo al funcionario de tipo político, debe "recibir" la información adecuada por impulso de una organización. Esa información, formando parte de una organización, debe llegar sin que el funcionario la pida, con excepción de las informaciones especiales.

La "organización" productora de todas esas informaciones debe estructurarse sobre bases tecnológicas que incluyen el empleo, cada vez más creciente, de "computadores" electrónicos. No sólo

aumenta la población y los conglomerados urbanos y conurbanos, sino los "datos" que deben recogerse, sistematizarse y analizarse, para la debida información de los servicios nacionales, provinciales y municipales del Estado moderno.

Todos esos conceptos válidos para el Estado, en términos generales, son aún más evidentes, para el moderno "Estado-empresario", es decir, cuando actúa a través de empresas. Esas "empresas de Estado" si bien no tienen la naturaleza económico-jurídica de las empresas privadas —por cuanto en éstas el lucro es la finalidad de su institución—, por su manera de operar (ya que actúan en el mercado) son y deben organizarse como verdaderas empresas. Por ello, debe dotárselas de una estructura y de un sistema de información idéntico y tan perfecto como el que funciona para las decisiones de tipo "gerencial" en la empresa privada.

El Estado moderno no debe limitarse a conservar lo que el país "ya es"; sino que debe ayudar a que "sea más". Sus funcionarios deben despreocuparse de la idea de tener que "pedir" la información. Ha de ser un valor entendido que esa información debe "venir" y "llegar" a los distintos niveles o jerarquía de funciones. Cuando la información llega a un nivel superior, es decir, a la zona que en la empresa privada se denomina "zona del man-

dato", ya debe estar despojada de lo anecdótico y accesorio. A nivel sólo debe llegar la información depurada y esencial, sin detalles que deformen la visión del conjunto integral. Sólo así, con esa información decantada, el funcionario es un usuario de la misma y no su analista.

En la estructura de un Estado moderno, los funcionarios administrativos, en su distintas jerarquías —con excepción de las de tipo político— deben poseer las condiciones exigidas a los ejecutivos de la empresa privada. En esa forma se logrará que el Estado deje de ser lo que siempre se ha dicho: un mal administrador. Es preciso crear áreas de responsabilidad. Pero por mayores condiciones de ejecutivo que posea un funcionario público, por mejores antecedentes y experiencia acreditados, siempre es posible que cometa errores, muchas veces involuntarios, por ausencia de información

La Contabilidad, o más propiamente la Contabilidad-Estadística, debe llegar a figurar en el mismo rango que hoy distingue a otra rama de la Ciencia Económica, la Economía-Matemática. La tecnología cibernética ofrece las bases seguras, especialmente con los "computadores" electrónicos, para el desarrollo y perfeccionamiento de la Contabilidad-Estadística

Dr. Aldo N. C. Pecchini

¿SE HA DETENIDO LA FÍSICA TEÓRICA?

Seis clases de materia. — El profesor V. F. Weisskopf, director del Centro Europeo de Investigaciones Nucleares de Ginebra, pronunció en la Academia de Ciencias de Madrid una conferencia, cuyo contenido no ha sido divulgado suficientemente. La búsqueda de partículas elementales —dijo el profesor Weisskopf— es tan antigua como la ciencia misma. Ha sido siempre la parte más avanzada de la física, que ha aspirado a la comprensión de los constituyentes fundamentales de la materia. Según la física ha ido progresando, la búsqueda de partículas elementales ha pasado de la química a la física atómica y de ésta a la física nuclear. Hace poco más de una década, se separó de la física nuclear y se ha constituido un nuevo campo que ya no se ocupa en la **estructura** del núcleo atómico, sino de los **componentes** del núcleo, protones y neutrones, y también en la estructura de los electrones y partículas elementales. Este campo es ahora denominado "física de alta energía", porque la mayoría de los experimentos requieren haces de partículas de energías extraordinariamente elevadas.

Se ha dicho que el futuro de la física depende de lo que el hombre pueda averiguar sobre las partículas elementales, y que mientras el progreso experimental en esta dirección está en marcha, la teoría sigue prácticamente detenida. Veamos con algún detalle en qué consiste esta detención de la física teórica. Para ello, hemos de volver a la conferencia citada del profesor Weisskopf. Este defiende la teoría de que no hay tantas clases de partículas como se dice, sino que son las mismas, en diferentes estados de excitación o en sus correspondientes antipartículas. Pero tal vez la parte más singular de su exposición fuera el resumen que hizo de los seis tipos de "materia" que los físicos reconocen y que son los siguientes:

—**Materia gravitatoria** (grandes masas de los sistemas estelares, equilibradas por la gravedad).

—**Materia del plasma** (gases diluidos en el espacio. Está formada por átomos cargados y electrones, unidos por fuerzas electromagnéticas).

—**Materia atómica** (la materia ordinaria que nos encontramos sobre la tierra. Su estructura está gobernada por los efectos mecánico-cuánticos de las fuerzas electromagnéticas entre núcleos y electrones).

—**Materia nuclear** (el material de que están hechos los núcleos de los átomos. Está constituida por nucleones gobernados por fuerzas nucleares y electromagnéticas).

—**Materia mesónica** (es la sustancia de los nucleones, y la ciencia carece aún de teorías plenamente satisfactorias sobre las fuerzas que actúan sobre ella).

—**Materia leptónica** (electrones ordinarios, electrones pesados y neutrinos. La estructura de los leptones sólo podrá conocerse cuando sea posible utilizar energías mucho más elevadas de las que pueden proporcionar a los hombres de ciencia los actuales aceleradores de partículas).

La antimateria. — En estos dos últimos tipos de materia está, por ahora, el parón de la física. Porque, como reconoce el propio Weisskopf tenemos hoy teorías razonablemente buenas para comprender los fenómenos básicos de las cuatro primeras clases de materia, pero los reactivos a la materia **mesónica** y **leptónica** requerirán una nueva clase de teoría cuántica y quizá incluso un nuevo conjunto de "conceptos". He aquí el problema de los físicos teóricos, para no quedarse a la zaga de la experimentación. Son otros mundos de la naturaleza y hay que empezar por elaborar los instrumentos de trabajo, las herramientas intelectuales con las que avanzar en la oscuridad de estos caminos, cuya complejidad y extensión hizo decir al padre Teilhard de Chardin que queda más por descubrir dentro de la tierra que fuera de ella. Los físicos experimentales reclaman "material" de trabajo a los físicos teóricos. ¿No es ésta una curiosa situación?

Hablamos antes de antipartículas. Es éste un tema que hasta no hace mucho tiempo parecía reservado a los escritores de ciencia-ficción o a los modernos herederos de astrólogos y alquimistas. Pero ahora sucede con frecuencia que podemos leer en el periódico, sin asombrarnos, que tal o cual profesor o que en éste o en el otro laboratorio se ha observado una partícula **negativa**. La antimateria se está acercando a nosotros como pueden hacerlo la televisión en colores o las naves espaciales. Su posible existencia nos plantea problemas de todo orden, y tal vez los de la ciencia experimental sean los menos dramáticos.

Aunque parezca paradójico, es precisamente la materia, es decir, aquello que tenemos más a mano y de lo cual está hecho todo lo que nos rodea y nosotros mismos, lo que más difícilmente conocemos y que más incompleto se ofrece a nuestro entendimiento actual. Como señala el físico español Antonio Colino, los hombres de ciencia han perseguido obstinadamente la materia durante un largo camino y, cuando más cerca de alcanzarla se hallan, se disipa como un jirón de niebla y le es tan inaprensible como un pensamiento. Sabemos, eso sí, como indica Aitken, que sobre la tierra, en el sol y en las estrellas; en nuestro sistema estelar y en el millón de sistemas independientes, todas las materias están compuestas de las mismas unidades fundamentales.

..

¿Cuáles son los límites del Universo? — Nuestros conocimientos actuales sobre la materia y su estructura difieren mucho de los que tenían nuestros antepasados. Es cierto que ya Demócrito, hace veintitrés siglos, hablaba de los átomos, cuerpos tan pequeños que no podían

ser divididos. Luego hablarían los alquimistas. Pero no fue sino a principios del siglo XIX cuando la teoría pasó a la experimentación. Hoy, la idea de Demócrito sigue siendo válida, pero transferida a partículas mucho más pequeñas que constituyen la estructura interna del átomo. Sin embargo, y tal como hemos visto anteriormente, la física experimental avanza constantemente en su conocimiento de lo ínfimo y profundiza en el estudio de los átomos y partículas. Tenemos, sobre todo, la equivalencia einsteniana entre materia y energía, expresada hermosamente en esta frase: "La menor partícula de materia contiene una energía prodigiosa, pero concentrada y como dormida". Y ya no sólo se habla, como hemos visto, de una materia atómica, sino de una materia nuclear y, aún por debajo de ella, de una materia mesónica y de una materia leptónica. ¿Llegaremos alguna vez hasta el final? ¿No serán también estructuras complejas estas partículas que ahora llamamos elementales? ¿Cuáles son los límites del universo, en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño? ¿Y qué es lo grande y lo pequeño? Recuerden ustedes la paradoja del físico Gamow: ¿por qué somos tan grandes comparados con los átomos?

La enorme dificultad de estos estudios reside en el hecho de que no sirven para nada las antiguas medidas, los conceptos anteriores y las leyes del mundo microscópico. Piénsese, por ejemplo, en que las magnitudes son tan delicadas y las fuerzas tan débiles que simplemente con nuestra observación perturbamos al objeto de nuestro estudio y lo modificamos. Se produce una interacción inevitable entre el observador y el fenómeno observado.

Por otra parte, y después de Heisenberg, sabemos que debemos renunciar a la idea de que en el mundo atómico las cosas suceden de modo análogo a como ocurre en el mundo gobernado por la mecánica clásica. Entramos en el indeterminismo, en las relaciones de incertidumbre, y en el campo de las probabilidades estadísticas. Ya no podemos conocer cuál será el comportamiento de una partícula, porque desconocemos exactamente su posición y su velocidad, y hemos de acudir a una probabilidad matemática para un conjunto de partículas. Esto supone una revolución de la física y un trastorno de los conceptos tradicionales de esta ciencia. La estadística se convierte, una vez más, en reina y señora. Una cierta suerte de "sociología" ha entrado en los dominios, hasta ahora individuales, de la física.

Elogio de la materia.—Muchas sorpresas nos aguardan en este campo como en otros del conocimiento de lo que nos rodea. La materia en perpetuo movimiento, en sus entrañas más profundas, es otro de los hallazgos de los físicos. Recordemos a sir Arthur Eddington: "Tengo ahora frente a mí —decía— una mesa sólida; pero la física me ha enseñado que la mesa no es en absoluto una sustancia continua, sino una multitud de cargas eléctricas muy pequeñas danzando en todos sentidos con una velocidad inimaginable. En lugar de una sustancia sólida, mi mesa se parece más a un enjambre de moscardones". Y las intuiciones asombrosas y escalofriantes de Teilhard de Chardín sitúan a la materia en un lugar primordial, que desde el electrón al hombre, pasando por las proteínas, los virus, las bacte-

rias, los protozoos y los metazoos, alcanza una complejidad creciente y vanza todavía hacia algún punto crítico, hacia un superorganismo integrador, que sería la madurez plena de la humanidad. Nadie ha dicho sobre la materia cosas tan hermosas como el jesuita francés, quien ha llegado a afirmar que, incluso desde el punto de vista de la física, la idea de una materia absolutamente bruta no es más que una primera y burda aproximación de nuestra experiencia, y que no existe la materia puramente inerte. Teilhard llega hasta a hablar de "santa materia" y la llama "escaño de la Divinidad" y "rostro de Dios en nuestro más moderno universo"; y a decir que materia y conciencia se ligan y que el mínimo grano de materia tiene ya un principio de conciencia. Y, lo que resulta aún más impresionante: habla de esta integración y complejidad creciente de la materia como de un camino de Humanidad sobre un punto crítico de socialización: y en "El porvenir del hombre" dedica varias páginas a examinar los síntomas físicos de esta marcha hacia la unión. "Si queremos salvar la primacía del Espíritu —dice—, no nos queda más salida que lanzarnos hacia la única vía de la unificación". Y más adelante: "No nos queda otra solución que hundirnos resueltamente sin titubeos —aun cuando haya de perecer algo de nosotros mismos— en el crisol de la socialización".

Véase cómo de las partículas elementales puede llegarse al "socialismo". Y es que la Física ofrece hoy —hablando en su propio lenguaje— interacciones muy sugestivas con la Política, con la Metafísica y con otros grandes temas del hombre. La Física será la Gran Destrucción del Mundo o, por el contrario, la única vía de entendimiento y de paz universal (gracias a la superación creciente de los medios de aniquilamiento), como podría inferirse ahora del acuerdo sobre prohibición parcial de pruebas nucleares.

MANUAL CALVO HERNANDO

De la revista **Índice**, Madrid.

EL FUTURO DE LA LIBERTAD

Una de las pocas palabras sacras de esta época, una de las palabras que son tabú, es la palabra democracia. Naturalmente, las realidades sacras son profanadas muchas veces, y la democracia es profanada a cada paso; muchas veces se toma su nombre en falso, otras se lo toma en vano, y casi siempre se le añaden adjetivos. Cuando se añaden adjetivos deliberados a un sustantivo, casi siempre es con mal fin. Cuando se habla de la democracia y se aclara que es "popular", o se dice que es "orgánica"; cuando se habla de la libertad, pero se añade que tiene que ser "sana", o que es excelente si es "bien entendida" (lo cual quiere decir bien entendida por mí), casi siempre se trata de tomar esos nombres en vano. Pero al fin y al cabo resulta que en el mundo actual casi nadie se atreve a decir que no es demócrata. Y esto quiere decir que hay un imperio mudo de ciertos principios con los cuales hay que contar, y es lo que se llama vigencia. La democracia es vigente.

Adviértase para dejar claras las cosas, que a mí no me parece que la democracia sea, sin más, buena; me parece excelente, pero con algunas condiciones. Ante todo, sin embargo, hay que señalar, en su defensa, un sofisma que suelen cometer los antidemócratas, y que quisiera descubrir al paso. Hay un sofisma que se repite todos los días, en mi país varias veces al día, y que consiste en lo siguiente: la democracia —se dice— es monstruosa e injusta, porque supone la equiparación de todos los hombres; se da un voto a cada hombre, como si los hombres fuesen iguales, como si tuvieran la misma capacidad, el mismo talento, el mismo mérito, como si fuesen comparables el voto del hombre inteligente, complejo, lleno de experiencia, de méritos y de prestigio, y el voto del hombre vulgar y cualquiera y hasta del hombre indeseable y delincuente.

Esto parece plausible y lleno de buen sentido, pero es un sofisma. Porque, es que el hombre importante, el hombre inteligente, el hombre rico, el hombre prestigioso, el hombre con autoridad, ¿no tienen nada más que el voto? ¿Es que no tienen más poder, más modo de influir en la vida de su país que el voto? El voto es lo de menos entre los poderes del hombre cualificado y distinguido en cualquier aspecto; en cambio, cuando en nombre de la desigualdad con el privilegiado y elegido se despoja del voto al hombre cualquiera e incualificado, se le está quitando lo único que le queda, la única manera que tiene de decir su palabra a la hora de decidir el destino de la sociedad en la cual tiene que hacer su vida, que es suya y que es

la única que tiene en este mundo. Por tanto, se trata de un tremendo y grave sofisma por el cual no estoy dispuesto a pasar.

Pero al mismo tiempo diré que la democracia por sí sola no basta. No se trata, por supuesto, de adjetivarla a capricho y desvirtuarla; al contrario: se trata de integrarla con aquellas otras dimensiones que le dan su verdadera realidad y, sobre todo, la sitúan en un contexto histórico y político concreto. La democracia es cosa que afecta a la soberanía; pero hay otra cuestión, que es la limitación del poder y su conciliación con la libertad individual. Yo creo que la democracia es admirable si es democracia liberal, pero no si no lo es. El liberalismo consiste —aunque no exclusivamente— en la limitación del poder, y por eso cabe un liberalismo no democrático, y cabría en el extremo hasta limitar su poder y cumplir las reglas del juego y acatar su propia ley, cosa de la cual no tengo ningún recuerdo, pero que en principio podría ocurrir. El liberalismo consiste, repito, en la limitación del poder —lo cual no quiere decir que éste sea "poco", sino que tenga límites y definición— y, por consiguiente, en dejar en franquía al individuo para hacer su propia vida personal. Si la democracia está unida al liberalismo y es democracia liberal, me parece excelente, me parece la manera más humana que se ha inventado hasta ahora de gobernar a los pueblos —y por eso no es extraño que todos los torpes y violentos, que profesan oponerse ferozmente entre sí, se pongan siempre de acuerdo para ir contra ella y destruirla—; pero si la democracia no es liberal, si no está hecha de acatamiento a la voluntad de las mayorías y de respeto a las minorías, si la democracia no se permite ese flujo supremo del estado de alma liberal que consiste en dejar que los demás sean lo que son y permitirles serlo, luchando con ellos sin pretender aniquilarlos ni despojarlos de la parcela de razón que tienen, si la democracia no es eso, tampoco es libre, sino que significa otra manera de opresión.

Creo que la Iglesia empieza a interesarse por la libertad. Ya era hora. La Iglesia ha padecido una mala tentación, la tentación de vivir, desde el Renacimiento, desde la Reforma, a la defensiva. Ha tenido una crisis de fe, de fe en sí misma, de fe en el cristianismo, por lo menos en cuanto a realidad temporal. Yo diría que la Iglesia ha tenido falta de fe, no por supuesto en Dios, no en la Iglesia como cuerpo místico, pero sí en la Iglesia militante, en sus capacidades terrenales ha vivido a la defensiva, llena de suspicacia, y esto la ha llevado a desconfiar de la libertad, a tener un constante temor a la libertad. Yo creo que el haberse ligado durante largo tiempo, en muchos lugares, a ciertos poderes, a ciertas fuerzas que, por un motivo u otro, con razón o sin ella, representaban el reverso de la libertad, ha tenido consecuencias gravísimas para la libertad y para la Iglesia. No hay que olvidar, y se olvida con frecuencia, que la Iglesia, siempre tan celosa y tan atenta a lo que yo llamaría los cismas verticales, a perder de su fidelidad y obediencia por partes geográficas del mundo, ha visto casi sin pestañear el más colosal cisma de Occidente: la pérdida de estratos enteros de todas las sociedades occidentales, que han desertado de la Iglesia y han tenido equivalentes de enormes

países que hubieran apostado. Esto me parece inquietante, por no decir otra cosa. Creo que, por fortuna, la Iglesia, tiene hace mucho tiempo clara conciencia de ello, de sus inconvenientes y de sus peligros.

Reparemos, por cierto, en que el único gran país donde esto no ha ocurrido, en el cual las gentes son creyentes o no por razones diversas, por motivos personales o por algún azar, pero no por su condición social, son los Estados Unidos, país en el cual ninguna Iglesia ha estado ligada a ninguna política, a ningún Estado, a ningún poder temporal.

Cuando se produce una estrecha conexión entre el poder civil y el poder eclesiástico, se produce una pérdida para lo civil y para lo eclesiástico, en beneficio inclusive del poder puro y simple, mejor dicho, impuro y compuesto. Hoy ya no pasa así; quiero decir, empieza a no pasar así. Hoy la Iglesia empieza a recordar el decisivo texto evangélico "la verdad os hará libres"; porque cuando no se acepta esto, cuando se afirma la verdad y se niega su consecuencia, la libertad, entonces es muy difícil no ser en alguna medida infiel a la verdad; y así se da el caso, para mi triste e inquietante, de que en palabras procedentes de cristianos, de católicos, y a menudo con autoridad, todo aquello que no es de fe sea falso, es decir, que la fidelidad a la Verdad con mayúscula aparece unida en ocasiones a una constante, turbadora traición a las modestas verdades con minúscula. Y esto no puede ser. La verdad es también un sistema. La verdad es toda ella solidaria. La fórmula judicial "decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad" se debería aplicar, claro está, a lo intelectual y a lo religioso con más razón todavía.

Tengo muchas esperanzas acerca de la libertad. Sobre todo, que la condición del hombre es esa, porque la vida humana tiene siempre varias posibilidades y el hombre tiene que elegir, tiene que optar libremente entre ellas. Pero hay a veces situaciones tan angustiosas, que en ellas sólo queda una posibilidad única. Ortega, que investigó con sin igual hondura esta condición libre del hombre, advertía que siempre queda una posibilidad más: salir de la vida, dejar de vivir. El hombre siempre puede decir: "No". Los pícaros, en tiempos de Cervantes y de Quevedo, cuando los sometían al tormento, decían que las mismas letras tienen un "sí" que uno "no". Yo creo que hay que descubrir el No como gran potencia salvadora y libertadora. Hay que saber decir "no"; incluso, si es forzoso, decir "no" a la vida.

Pero acaso dirá el lector: "¿No puede haber una situación todavía más angosta, en la cual esa única posibilidad que queda sea precisamente la muerte? Cuando un hombre va a morir y no puede hacer otra cosa, ¿es que es libre? Sí, todavía es libre y todavía tiene que elegir, porque lo humano es tomar las cosas de una manera o de otra, y ese hombre que va a morir, que no tiene más posibilidad que esa, tiene todavía que elegir libremente si va a tomar esa muerte con cobardía o con valor; si la va a tomar con orgullo o con abatimiento y vergüenza, si la va a tomar con desesperación o con esperanza.

Es decir, que mientras el hombre vive, elige, y por consiguiente no tiene más remedio que vivir en forma de libertad.

• JULIÁN MARIAS

¿EL NOVELISTA DEBE HACER POLITICA?

El escritor y en particular el novelista, ¿debe o no hacer política? Me parece que el problema planteado en este debate es una consecuencia del viejo concepto tradicional del novelista, que hace de éste un personaje semejante a un dios omnisciente, concepto que ha llegado el momento de revisar.

Convendría tal vez ser un poco más modesto y tratar de ver cuáles son los límites del novelista y consecuentemente, puesto que se quiere plantear el problema en términos de moral, dónde reside su verdadero deber.

Contrariamente a la halagadora opinión muy difundida y cuidadosamente mantenida por los propios novelistas, éstos no son superhombres. Para conocer las cosas, el novelista no tiene a su servicio más que los cinco sentidos y su pobre cerebro. Como todo el mundo, no percibe más que una ínfima parte de la realidad, algunos fragmentos incoherentes que reúne con dificultad. En nuestros días, ¿quién puede pretender, sin ser ridículo, abarcar la suma de los conocimientos humanos? La sociología, la moral, la economía, la psicología, ya sea del individuo o de las masas, constituyen ahora ciencias con vastas implicaciones.

El conocimiento, aun sumario, de una sola de ellas requiere largos estudios. En las universidades se dedican a ello profesores y especialistas eminentes y calificados. Uno se pregunta entonces, ¿cómo podría un novelista tratar todas estas materias, determinar lo que es verdadero, lo que es falso, mostrar a los hombres el camino que deben seguir o, según una fórmula de moda, como lo ha dicho el profesor Jermilov "proclamar su concepto de la vida tal como debería ser"? Saber lo que la vida debería ser supone conocer el sentido de ésta, su significado. Desgraciadamente, este tipo de conocimiento ha surgido hasta ahora del dominio de la fe o de las creencias y no del dominio del pensamiento. Algunos creen que las leyes divinas conducen el mundo. Otros piensan, por el contrario, que las leyes son las de la materia.

Pero como lo ha expresado muy bien Sartre en "Materialismo y revolución": "El ateísmo no es la expresión de un descubrimiento progresivo, sino una posición rotunda que se ha tomado a priori sobre un problema que sobrepasa infinitamente nuestra experiencia. El

materialismo que reprocha a los idealistas hacer metafísica cuando reducen la materia a espíritu, ¿por qué milagro estaría dispuesto de hacerla cuando reduce el espíritu a materia?

En vez de hablar de problemas que sobrepasan la experiencia, ¿no sería más honesto que el novelista se limitase a hablar de la experiencia misma?

Se han pronunciado mucho las palabras "optimista" y "pesimista". La posición optimista es aquélla que sostiene que el mundo, la historia y, por lo tanto, la vida tiene un sentido. La posición pesimista sostiene, por el contrario, que el mundo, la historia, la vida, son absurdas. Puesto que nada, salvo posiciones tomadas a priori, nos permite asegurar que el mundo tiene un significado o que es absurdo, ¿por qué no tratamos de contentarnos con la certidumbre por lo demás relativa, de que el mundo sencillamente es?

Por mi parte, confieso que no sé lo que significa el mundo, que no sé adónde va. No sé adónde debe ir el hombre. Todo lo que sé es que el mundo se mueve, que se transforma sin cesar, que la vida es una especie de movimiento perpetuo, de revolución perpetua, de perpetua destrucción y reconstrucción, que lo que ayer era cierto ya no lo es hoy, que tal vez nada sea cierto y que lo único válido en estas condiciones, me parece que es poner continuamente en duda las estructuras y las formas admitidas y establecidas, ya sean sociales o artísticas.

Supongamos, sin embargo, que el novelista posea un don, un sexto sentido que no tenga el mortal común. Admitamos que conozca por intuición el secreto de las cosas, que pueda leer como un libro abierto en las almas y los corazones, que discierna el cómo y el porqué, que sepa el significado de los menores acontecimientos, su lugar y su papel en el gran todo. Sin embargo, ¿cómo creer todo eso por la lectura de un simple cuento? Puesto que se trata de dar a conocer ideas, tesis y teorías, parecería más lógico que el escritor las expusiera en textos didácticos, ensayos y tratados: lo curioso es que, por el contrario, escoja la novela.

Y esta historia, esta serie de acontecimientos que pretenden hacernos creer absolutamente determinados y determinantes, cargados de sentido, no es la crónica fiel de acontecimientos que se haya producido realmente, sino una ficción. Es decir, el novelista tradicional trata de probar la existencia de una ley cualquiera por la conclusión que se desprenderá de una historia inventada por él que, en todo momento, podría ser otra y o bifurcarse en cualquier dirección. No depende más que de su fantasía, de su arbitrio y de su buena voluntad que una persona no encuentre jamás a otra, que no se efectúe una cita decisiva, o que se produzca un accidente que modificaría todo el encadenamiento lógico y mecanicista de causa y efecto.

Tomemos, por ejemplo, una novela al azar. "Madame Bovary" de Flaubert; naturalmente, ésta se envenena, muere endeudada y en medio de atroces sufrimientos. Pero sabemos perfectamente que ninguna fatalidad, ningún determinismo, ninguna ley conduce obligatoriamente a las mujeres adúlteras a terminar de esa manera. Sabemos, y por lo demás Flaubert mismo lo sabía muy bien y no era eso lo que

le interesaba cuando escribió "Madame Bovary", sabemos que Emma habría podido morir tranquilamente de vejez, rica, satisfecha, adulada y muy feliz, como tantas otras mujeres que han engañado a sus maridos.

De la misma manera, si el marqués de Sade nos contara, por ejemplo, la historia pretendidamente significativa de una mujer adúltera que terminase sus días rica, satisfecha y feliz, sabríamos que ella habría podido igualmente morir en la miseria.

Por lo tanto, puesto que esta historia inventada que nos cuenta el novelista no puede constituir una demostración válida, una prueba; en otras palabras, puesto que contrariamente a lo que quiere hacernos creer el autor, esta historia no significa nada ni sirve de apoyo o de vehículo para conceptos preconcebidos, ¿cuál es su interés y qué valor puede reconocérsele?

Entonces convendría tal vez que nos mostrásemos más modestos. Puesto que el novelista no sabe gran cosa, puesto que una ficción, una historia inventada no puede constituir ni una prueba ni una demostración, el arte y, consecuentemente, el deber del novelista debería consistir en tratar humildemente de decir su experiencia del mundo, no en expresarla o traducirla como se ha creído durante tanto tiempo, sino en decirla dentro de esta estructura y no por medio de ese instrumento —como también se ha creído por mucho tiempo— que es el lenguaje.

Elie Faure nos dice en "El espíritu de las formas":

"El arte es lo único que no espera de la vida más que la vida misma y que no busca otra recompensa que su propio ejercicio. Es antisocial desde el punto de vista optimista en que se sitúa la sociedad, por lo menos la sociedad occidental, es decir, la búsqueda del perfeccionamiento indefinido de una felicidad unánime que trastorna su perpétua evolución. Es inmoral en mucho casos, ante todo por su inexorable exaltación del amor. Es siempre amoral, porque extrae de los acontecimientos y de los objetos armonías indiferentes a la calidad sentimental que los moralistas atribuyen a esos objetos y a esos acontecimientos".

Es muy cierto que toda intención utilitaria inmediata (es decir dentro de la óptica optimista de que habla Elie Faure) resulta incompatible con el arte. Los espíritus continuamente tropiezan en este problema irritante. El arte debe servir, piensan, y con el pretexto del civismo o del deber preconizan formas literarias o artísticas que, en el hecho, demuestran ser completamente ineficaces aun en el plano de la inmediata sobre el cual desearían actuar.

Maiakovski ha dicho: "No hay arte revolucionario sin forma revolucionaria". En este sentido, sería interesante preguntarse la causa del fracaso que en el curso de los años transcurridos desde el término de la última guerra, ha sufrido la literatura comprometida cuyo propósito era pesar sobre los destinos políticos y sociales de nuestro mundo.

Quince años de guerra colonial para Francia y como consecuencia, el reemplazo progresivo entre nosotros del poder democrático por un poder del cual lo menos que puede decirse es que no corresponde en absoluto a los deseos de los promotores de la literatura com-

prometida, dan mucho que pensar, sobre todo cuando se considera que esta literatura, lejos de ser clandestina o confidencial, ha gozado de una gran audiencia.

Es como para preguntarse si este diluvio de libros y de obras teatrales bien intencionados en que los personajes ejemplares exponen sus casos de conciencia revolucionaria, o desempeñan el papel atenuante que en otro terreno desempeñan la literatura y la prensa denominadas del corazón. Conocemos el mecanismo: el lector veleidoso se identifica con el héroe y sus problemas, se produce una transferencia y el lector se siente dispensado de la obligación de actuar. De la misma manera, la costurera y la criada viven la maravillosa aventura de la mecanógrafa que se casa con el jefe y llega a ser actriz de cine. Por esta razón, me parece que la literatura "comprometida" es en realidad lo que se denomina literatura de evasión, o aun una literatura huída.

En el fenómeno del arte hay una curiosa ambigüedad. Paradójicamente, el arte no aporta a los hombres algo positivo más que en la medida en que no se preocupa de ellos. Nunca es tan generoso el arte como cuando es más egoísta.

CLAUDE SIMON

No diremos aquí si estamos o no de acuerdo con las ideas vertidas en este artículo por el escritor francés Claude Simon, pero sí creemos que las mismas se prestan a la polémica. Invitamos a los jóvenes escritores argentinos para que nos hagan llegar sus puntos de vista que serían publicados en **Ficción**.

¿QUE ES UN INTELLECTUAL?

Definición: intelectual es aquel que coloca la inteligencia por encima de todas las demás facultades que se esfuerza en llevarla a su desarrollo más completo y normal que la emplea en la investigación desinteresada de la verdad por la aplicación rigurosa de los métodos científicos. Definición ésta hecha por varios pensadores.

Es decir que, es un verdadero intelectual aquel que se preocupa por extender y profundizar su cultura, es decir su saber porque según Desiré Boustán "la cultura supone siempre mucho saber" y "para cultivarse en el curso de la vida, el medio indispensable y más eficaz es la lectura" y "todo se aprende en los libros" dice Stefan Zweig (Omnipotencia del libro). Se deduce fácilmente que el intelectual debe ser ante todo un **buen lector**.

Ni un diploma universitario ni la cantidad de obras literarias o trabajos publicados, confieren a nadie el derecho de titularse un intelectual. El verdadero trabajador intelectual puede pertenecer a cualquier clase de la sociedad; un simple obrero, un artista, un profesor, un empleado, un periodista, un químico, etc., siempre que lean **mucho y bien y entiendan lo leído** (cosa no tan frecuente)) y que formen parte de la clase de los intelectuales, o sea, la agrupación social opuesta a la mayoría ignorante o semidoceta, fosilizada en supersticiones y en el culto de la **insensatez y la sinrazón**. Lo intelectual es lo opuesto a la mediocridad, es la personalidad pensante y crítica que determina con su fermento la evolución y el progreso.

Lo intelectual, utilizando la cultura redentora como instrumento debe —por encima de la mediocridad mayoritaria— tender a la emancipación del hombre de todas las servidumbres, liberarlo de la opresión del dogmatismo regresivo promoviendo así el incremento de la personalidad humana, multiplicando las individualidades superiores. Los individualistas creen en la posibilidad y eficacia de la lucha del individuo contra la sociedad, en lo que ésta tiene de caduco y negativo; son los profetas los que crearon y cimentaron la existencia del pueblo judío, y tan solo algunos pocos cerebros supieron preparar la Revolución Francesa. La emancipación total de la humanidad será solo obra de espíritu activo. Los intelectuales (los verdaderos, claro está) son los servidores del espíritu. Manteniéndose apartados entre sí y desunidos por prejuicios diversos, han dejado prevalecer los malos

gobiernos y las tiranías. Al abdicar sus prerrogativas de dirigir a la masa han perdido su fuerza y la razón de su existir, pues el intelectual debe ser el maestro, el educador, el "permanente persuadir" dice E. Zolla en su obra "Antropología Negativa".

El intelectual es el intermediario entre el verbo y la masa, la clase intelectual como conciencia de un organismo superior: la sociedad, acepta y entiende la impostergable urgencia de transformaciones económicas, como paso esencial hacia la recuperación integral del individuo. Pero paralelamente a todo lo que significa el cambio del régimen mercantilista de materialismo a ultranza, debe realizarse la revolución cultural, "la revolución en los espíritus" de la que hablaban Duhamel, Romain Rolland, Barbusse, George Brandes, Israel Zangwil, Upton Sinclair, etc. al fundar el grupo Claridad, para la acción internacional de los intelectuales contra la barbarie mecanicista y —sobre todo— la plaga de nuestro siglo: la masificación. Hubo otras entidades mundiales cuya finalidad esencial fue promover la unión de los intelectuales del mundo, como ser, la Confederación Internacional de Trabajadores Intelectuales, la Comisión para la Cooperación Intelectual creada por Bergson, etc. todas ellas conscientes del pecado capital de los intelectuales: el desapego, el rechazo y desvío entre ellos mismos; una maldición neurótica que los hace evitarse unos a otros, y —desde luego— desconocerse y odiarse cordialmente.

Padecen el defecto magno: la insociabilidad; prefieren alternar con un ignorante bruto y malvado, codearse con la turbamulta de inferiores, antes que conversar con un intelectual de sus mismos quilates... en fin, ya que decimos las excelencias de los intelectuales, hay que confesar también las llagas espirituales que los corroen. Porque ser intelectual de verdad, exige un ejercicio continuo y denodado de la inteligencia para jerarquizar la vida humana, proyectándose socialmente como función crítica y orientadora. Su devenir existencial se caracteriza por un esfuerzo continuo de pensar bien, respetar el imperativo categórico de la razón intelectual; una vez hallada la verdad, decirlo de cualquier forma...

JOSÉ KAMINKER

FEDERICO

Por FERNANDO REAL

Despiértate Federico

y mira tu luna lunera,

la mataron tres barbudos

para hacerse una montera.

Quisieron ver si tenía

otra cara del revés.

¿Por qué no te preguntaron

si tú sabes cómo es?

¡Ay, que se muere la luna,

ay, que se muere, qué pena,

los perros ya no podrán

ladrarle a la luna llena!

Se muere sin confesión

sangrando tu poesía,

¡despiértate, Federico,

ha muerto la fantasía!

**AFIRMO
LA
ESPERANZA**

Por
**ARIEL
CANZANI D.**

Sin querer ser hervido y macerado
En el menjunje gomoso y mal oliente
De la promiscuidad y la falsía.

Sin querer participar en las escalas
Que deben padecer los camaleones
Para poder subir a la pirámide.

Asqueado de respirar el mimetismo
Que sirve para cambiar engaños
Y darles decorados de dulzura.

Sin conocer las hélices que mueven
Necesidad y orgasmo en las arterias,
Recorro poliedros asustados...

Sin pretender salir o estar afuera
Soy testigo de manchas de iracundia
Del proceso sin jueces de mi tiempo.

No quiero ser hervido en la desesperanza,
Me quedan escondidas entre los muslos
Tibiezas que pueden rescatarme del abismo.

Conservo la esperanza de reposos
Y estando en muladares que me ceban
Afirmo mi creencia con los ojos,
Solares testimonios de pureza.

**MARGARITA
TRIUNFAL**

Por
**CELINA H.
URALDE**

En tus playas de perlas y esmeraldas
Ante el ara vital de tus canciones
Entregada a tus albas emociones
Doblas la curva real de tus espaldas

Serpentea el ribazo de tus haldas
Y en la fiesta augural de tus embriones
Abejas convertidas predispones
A tus riberas de pupilas jaldas

Coloniza el poema tus panales
Lucen tus blancos dedos las sortijas
De un matrimonio eterno con el arte

Tus voces de cadencias almizclales...
En un coro de armiño de cobijas:
¡Por tu rey, margarita, y tu estandarte!

BERGMAN: pornografía y misticismo de segundo orden

Vivimos una época tan buena de pensamientos y tan podrida de publicidad, que necesitamos ávidamente afearnos a algo tangible; consecuentemente se crean mitos: Brigitte Bardot, algún jugador de fútbol o corredor de autos, Ingmar Bergman, etc. Para mi gusto, Bergman es un mal pornógrafo, un metafísico de quinto orden y un puritano que hace reír. Ingmar Bergman no es un director de cine; es un buen director de teatro.

Bergman es el primero en no creer en sí mismo como director de cine. Se ríe muy divertido —con un poco de dolor— porque Bergman director de cine es obra de una serie de snobs repartidos por todo el mundo, especialmente aquí, en la Argentina donde tenemos tantos papanatas, pseudo críticos cinematográficos.

Cierto que nadie es profeta en su tierra, pero estoy seguro que si los folletines presentados por Bergman, menos de ideas que ya eran viejas en 1919, hubiesen sido filmados por directores indígenas, los críticos los hubiesen destrozado con sus cascos, pero como venía de Suecia... había que aplaudir. Además le olieron algo de intelectual, de metafísico, etcétera y... razón de más para aplaudir. (Algo similar ocurre con los italianos Fellini y Antonioni; el primero con unas ideas elementales sobre Dios, la sociedad, etcétera y el segundo sin ninguna idea acerca de nada).

Volvamos a Bergman: no podemos negar que los paisajes nórdicos son estéticamente fotografiados, pero carecen de profundidad, son planos y chatos, no diré

fríos por no caer en redundancia. Las películas de Bergman, argumentalmente son una retahíla de lucubraciones que dan pábulo a la interpretación de posibles simbolismos. El snob es un tipo curioso: siente cierto afán de superación, quiere estar al día y en cuanto oye que en tal cine están "dando" una película con símbolos, no come pero va a verla. En consecuencia, el cine de Bergman "es una necesidad". Decir en una reunión que se ha visto tal o cual película aunque no se haya entendido nada, es "bien".

Cuando vi "El séptimo sello" y más tarde "El silencio" y dije que no me habían gustado, la gente "bien" me miraba como a un bicho raro. De un principio pensé que estaba equivocado, que no entendía y me metía en el cine y volvía a ver las películas de Bergman: decididamente no me gustaban. Evidentemente sus ideas eran polvorientas, las escenas pesadas y con un alarde estético rebuscado. Por tanto no estaba el mal en mí, no fallaba mi sensibilidad, sino que daba prueba de mi buen criterio. Ingmar Bergman era un mito. Desarmaba sus películas, pieza por pieza, seguro de que ocultaban un truco: lo encontré. Bergman es una víctima de una confusa búsqueda de Dios a través de un proceso laberíntico y barroco de imágenes y de ideas. Es para reírse. ¿Entienden ustedes que alguien busque a Dios y para ello ponga el objetivo de una cámara en el útero de una mujer? Es irresistiblemente cómico.

Bergman no es director de cine, repito, porque lo es de teatro. Di-

rige el Teatro Real de Estocolmo. El mismo ha confesado que puede vivir sin hacer cine pero no sin hacer teatro. Filma sus películas en los meses de verano, cuando el teatro cierra sus puertas. Como buen director de teatro no improvisa nada sobre la marcha de sus películas; durante meses estudia el guión, ensaya con los actores: exactamente como hace con sus obras teatrales. Se pone a filmar con todo medido, calculado, anquilosado. No diré que las buenas películas han salido de la improvisación, pero no descarto la idea.

Creo que es el inglés Graham Green quien inicia el estilo. So capa de andar buscando a Dios, di-

gamos las cosas más procaces; los curas callarán la boca y la gente dirá: "al fin y al cabo buscan a Dios". El filón es bueno. El Bergman director de cine ha sabido explotarlo. Bajo la etiqueta religiosa, vende una pornografía bien fotografiada. La hemos visto avanzar en sus temas: con mucho símbolo y con mucha imagen nos ha dado el incesto en "Detrás de un vidrio oscuro". Luego llega con "El silencio" y en lugar de hermano y hermana nos brindan dos hermanas; una lesbiana y la otra ninfómana. ¿Cuál será la próxima sorpresa? No importa; estamos curados de espanto. Bergman no pasa.

E. MOLINA SANTOS

TEATRO

GALILEO GALILEI

En la pequeña sala del Teatro Los Independientes asistimos a la representación perfecta de "Galileo Galilei" de Bertold Brecht donde se pone de manifiesto una vez más el espíritu de coexistencia y de resistencia del ser humano. Onofre Lovero con toda su humanidad y su pasión por el buen teatro arrinconó a la hiena quejumbrosa, ácida y horrífica de la reacción y con su Galileo nos sorprende por su desprendimiento y la intensidad de su actuación. El teatro de Brecht, adolece de verbosidad; no era un mago de la economía verbal y aún menos un podador de lo obvio. Hay escenas completas que de haber sido soslayadas, la obra no hubiese perdido el menor interés para el espectador; podada de hojarasca, hubiese ganado en intensidad dramática. El esfuerzo de Los Independientes al darnos a conocer esta pieza solemne me-

rece un aplauso, no así la obra que nos parece, como todo lo de Brecht, terriblemente trasnochado de un izquierdismo que no hace el menor favor a la izquierda, pues son pobres sus recursos pseudosociales o literarios que tratan de sacar al hombre de su encrucijada. Vivimos en un mundo objetivo y todavía no se ha descubierto el tipo de arma moderna que conviene a esta clase de problemática; aparte de estas observaciones la estructura de "Galileo Galilei" es de una severa perfección que va en crescendo hasta la muerte de Galileo. Los actores excelentes —a menudo inmejorables, considerando los inconvenientes contra los que deben luchar, inconvenientes que no deben olvidarse a la hora de juzgar su labor, Onofre Lovero realiza un Galileo majestuoso, difícil de superar.

L

53

BEETHOVEN: La victoria de Wellington Opus 91. Orquesta Sinfónica de Londres, dirigida por Gerald C. Stowe. **TCHAIKOVSKY:** Obertura Solemne 1812, opus 49. Orquesta Sinfónica de Minneapolis, con la banda de la Universidad de Minnesota. (Hi-Fi 96001 L. —Estereo). (Discos Mercury-Phonogram).

De entre ambas obras, la primera, la de Beethoven, es la menos conocida, y describe la batalla que el duque de Wellington, ganó a las tropas francesas dirigidas por José Bonaparte en la ciudad vasca de Victoria, durante la ocupación de las tropas Napoleónicas. Es un poema sinfónico en el que a pesar de advertirse "la mano" de Beethoven, más se advierte que fue escrito por compromiso, a pesar de sus aciertos melódicos y sus innegables efectos sonoros.

La Obertura 1812, ampliamente conocida por los melómanos, es un trabajo de igual carácter destinado a conmemorar el triunfo de las tropas rusas sobre las francesas, en los desastre que sufrieron durante el poco honroso repliegue iniciado en ese año.

Ambas obras, logradas con una perfección sonora poco común, tienen la particularidad de haber sido grabadas con cañones, mosquetes, campanas y disparos de fusilería auténticos, lo cual les confiere una rara efectividad sonora, aumentada por su calidad estereofónica.

RACHMANINOFF. Concierto Nro. 3 en Re menor Op. 30. Witold Malcuzyński, piano y Orquesta Filarmónica—Sinfónica Nacional de Varsovia, dirigida por Witold Romicki. (Angel-Alta Fidelidad —Estereo— S.L.P.C. 12174).

El sello Angel, ha reunido en este disco a tres virtuosos, autor, solista y director, ampliamente conocidos por nuestro público, y en ellos se conjugan una exactitud de ejecución y concepción lograda al máximo. Aunque el concierto Nro. 3 es menos difundido que su antecesor, el Nro. 2, ofrece las mismas dificultades de ejecución y los mismos afectos, han sido verificados por Malcuzyński y por Rowicki, con la más alta fidelidad, que augura a este disco grandes posibilidades de difusión en el mercado.

ANTONIO GILABERT

Xilografía de Albino

Pintura de Schurgin

En la sala Carrillo de Rosario, ha expuesto el grabador Albino Fernández cuatro etapas de su carrera desde 1953, su época figurativa, hasta 1962 en que alcanza, a lo largo de un profundo proceso, su abstracción a la que se dedica actualmente. Albino Fernández es uno de nuestros grabadores más inteligentes y trabajadores, cuyo pecado capital es su alejamiento de las salas de exposición. Su anterior "aparición" tuvimos ocasión de admirarla hace más de dos años en el Museo de Arte Moderno del Teatro San Martín; luego el artista se marchó a Europa donde pasó un año; hace más de un año que regresó y es ahora cuando nos brinda una nueva oportunidad de acercarnos a su obra, parte de la cual ya conocíamos. Es decir que Albino Fernández nos hurta su última producción obediente a una política personal de trabajo y reserva. Política que los que seguimos su carrera lamentamos mucho.

Unas humeantes tazas de café. Un suave olor a pintura fresca. La sonrisa fácil de Raúl Schurgin y los juicios acertados de Attilio Dabini. Estamos en el taller de Schurgin. Hemos sido invitado un grupo de amigos para ver una de sus últimas telas: unos niños descarnados, famélicos, que atropellada y dolorosamente caminan hacia las cámaras de gas en un campo de concentración nazi. El pintor no se ha separado de ese mundo ingenuo y trágico que caracteriza a sus criaturas y les da mayor universalidad. No es posible observar esta nueva creación de Schurgin sin estremecerse de horror. Dabini, luego de arrancar una vaharada de humo a su infatigable pipa, pronuncia unas palabras, conmovido acerca de la pintura de Schurgin, tan cargada de ese sabor y color de los alrededores de Santa Fe, parajes que el pintor y el escritor conocen admirablemente. Pocos días después, ese cuadro asombroso y horrible había de atraer la atención, junto con unos cuantos más, del público habitual de la galería Riobó donde Schurgin expuso su obra tan impregnada de dolor como de maravilla.

Hizo ganar millones de dólares y murió prácticamente pobre; muchedumbres de hombres suspiraron por ella y los hombres a los que unió su destino la amaron dos, tres o cuatro años y se alejaron de su lado. Se ha dicho que Marilyn Monroe murió un sábado por la noche: una mujer como ella se había quedado en casa sola, sin nadie que la hubiese invitado a cenar o a bailar un rato. Estaba sola, desesperadamente sola, como tal vez esa mujer de treinta y seis años había estado sola toda su vida. ¿Era una inadaptada? Era alegre, vivaz, ocurrente. Pero no

pensó la pequeña Norma Jeane Baker. Cuando lo contó a la familia con la cual vivía, no sólo recibió una reprimenda feroz sino también una paliza descomunal. Y la niña que crecía confiada y feliz, que adoraba la vida aunque la vida fuese cruel con ella, pero ella no entendía que las cosas pudieran ser diferentes, se detuvo, no creció más; se transformó su cuerpo, pero su alma dolorida, al descubrir que la vida no era como se la imaginaba, quedó así, como atrapada en un cepo y así vivió durante casi treinta años. Ese momento de dolor había de costarle a Marilyn Monroe la felicidad y quizá algo más sutil e importante: ser comprendida y aceptada por los demás. Ese momento de dolor la llevó a morir un sábado por la noche sola, atrozmente sola...

Tenía dieciséis años cuando tuvo a oportunidad de creerse enamorada. Hacía ya tiempo que los muchachos, en la calle, aullaban cuando ella pasaba. Su vitalidad era tanta que aun sin proponérselo expandía como una onda de sensualidad a su paso. Salía a la calle y las cosas se transformaban: tanta era su belleza, su lozanía. Por momentos se olvidaba de su alma atormentada por la duda de la bon-

MARILYN MONROE

diez etapas de dolor,
alegría y muerte

era ella misma. No era Norma Jeane Baker; era Marilyn Monroe un mito, un producto de las agencias de publicidad de Hollywood. Por eso nadie la comprendía, ni la invitaba a cenar ni a bailar; porque hubiese invitado a Marilyn Monroe y hubiesen dejado atrás a Norma Jeane Baker.

En su soledad, Norma Jeane Baker tenía un recuerdo atroz que la había detenido en la infancia; a la edad de siete años un señor mayor la había violado. La niña no sabía lo que habían hecho con ella; lo había encontrado natural: quizá todo el mundo hacía lo mismo, y aceptaba que el hombre mayor la invitase a su pieza y luego le diera unas monedas. Era algo tan usual como ir al colegio,

dad humana y confiaba, de un modo ciego, sin analizar nada, en las intenciones ajenas. Que le dijese disparates en la calle ya no la asustaba ni sorprendía. Pero eso no era suficiente. Todas sus amigas hablaban del amor. También Norma Jeane Baker quería amar. Y un buen día la presentaron a James Dougherty, de veintiún años, cinco más que ella. Cuando James le dio el primer beso y cuando le dijo que la quería, se sintió la mujer más feliz de la tierra. Ese día creyó en todas las cosas. Poco después se casaban. Durante dos hermosos años, Norma Jeane Baker fue una mujer más...

Se separaron en 1944. Ambos, de común acuerdo, comprendieron que no podían vivir juntos. El era muy buen muchacho; ella cocinaba muy bien. A los dos les encantaba bailar y escuchar música de jazz. No era suficiente. Cuando esos ratos agradables pasaban, se sentían vacíos, sin nada que decirse. Norma Jeane Baker llegó a odiar la cocina y las camisas de James. En sus momentos de reflexión se decía que lo amaba, que al separarse de él iba a sufrir mucho; se repetía que creía en el amor; que necesitaba amor... Pero cuando James regresaba del trabajo y ella oía el chasquido de la puerta al abrirse, sentía que se le envenenaba la sangre y hacía esfuerzos para no soltarse a gritar. No soportaba a aquel hombre; y en la casa se sentía prisionera y le parecía que de un minuto a otro las paredes se iban a derrumbar sobre ella. No era mujer de andarse por las ramas; puso las cartas sobre la mesa. Ella se iba. Se fue James, quien

ingresó en la Marina Mercante. Ella tomó el ómnibus camino de Las Vegas. Sola, en su asiento, sin darse cuenta se puso a llorar. ¿por qué lloraba? A un lado y otro no tenía a nadie que la quisiera. Diríase que el cuerpo de la futura Marilyn Monroe ya se interponía entre ella y su dicha.

Durante muchos meses, la muchacha sobrevivió gracias a distintos empleos, todos decentes, si bien su destino parecía estar decidido o marcado por el de las mujeres de su clase, exuberantes, hermosas: un primer mal paso y a renglón seguido la prostitución. Todo el mundo conoce la historia de la famosa foto publicada en un almanaque. De esa foto se vendieron millones de ejemplares; Marilyn recibió únicamente cincuenta dólares. El hombre que compró la foto ganó una fortuna: en cambio Marilyn sólo recibió malos ratos. Pero, quizá al éxito de su fotografía debió ella su carrera. La compañía cinematográfica "20th Century Fox" apabullada por la foto que estaba dando varias veces la vuelta al mundo, la mandó llamar y le ofreció un contrato para hacer un papelito en una película. Norma Jeané se tiñó el pelo y se cambió el nombre. Una alfombra mágica estaba tendida a sus pies: Marilyn Monroe acababa de nacer.

Pequeños papeles y grandes triunfos. El mundo entero no tardó en poner los ojos en la delicada figuranta que apenas hablaba en las películas pero que dejaba una estela de gracia, de inocencia que fascinaba a hombres y mujeres. Era una criatura distinta a todas. Ella que había conocido el horror cuando apenas tenía ocho años, daba la sensación de ser un ángel puro de paso por la tierra. Y pocos serán los espectadores que hayan visto el filme "Mientras la ciudad duerme" que no recuerden la seráfica presencia de Marilyn Monroe. Quizá ninguna actriz con menos papel haya triunfado tan ruidosamente como Marilyn. No ganaba mucho; tenía que trabajar sin fatigarse; debía obedecer cuanto orden pasara por la cabeza de los agentes de publicidad... todo lo hacía contenta, pero cuando abandonaba los estudios y volvía a la habitación de su hotel, se encontraba sola, como si habitase en un mundo despoblado. Frente al espejo, pasaba horas preguntándose si a los veintidós años una mujer podía vivir sola, sin una voz amiga que la llamase por teléfono, sin nadie que estrechase sus manos. Tendida en la cama luchaba por sofocar los sollozos. No era mujer de lágrimas. La aterrorizaba la vida, pero siempre con una sonrisa en los labios. Entonces, abandonaba el hotel y daba largos paseos o se metía en un cine.

El recuerdo de James, quien había desaparecido totalmente de su vida, la turbaba, particularmente cuando volvía a casa deshecha por diez o doce horas de trabajo. Pensaba en él con melancolía, no con amor. Y de pronto, la tristeza y la soledad fue borrada, como por un brochazo, de la vida de Marilyn: el milagro se llamaba Joe Di Maggio. Era un deportista popular, en los Estados Unidos, más popular que ella que ya es decir bastante. Fuera del país se hizo conocer por su matrimonio con Marilyn. Joe la amaba. Ella amaba a Joe. Las cosas caminaron; podían caminar. Además no podía haber celos profesionales. El era un as del base-ball y ella de la pantalla. Fueron inmensamente felices. Tal vez por primera vez la sonrisa de Marilyn no era un "golpe" publicitario; era real, como el brillo sincero de sus ojos.

Era la felicidad tanto tiempo esperada. Y durante ese tiempo, fue más actriz que nunca; al menos, se esforzó por serlo.

Pero Marilyn, lo mismo que Norma Jeane Baker no estaba hecha para la alegría perenne. Y un ramalazo de dolor cayó sobre su vida. Todo empezó cuando a Joe le llamaron "Mister Monroe". Luego algunas escenas de las películas de Marilyn, un tanto atrevidas, disgustaron al as deportivo. Se oponía con un argumento consecuente: ya tenía fama y debía darle lustre. ¿Para qué acrecentarla con el escándalo? Pero Marilyn estaba ávida de aplausos, tenía el amor que el destino le entregaba a manos llenas y se sintió osada. Quiso tentar la suerte. Quería más, quería un nombre tan alto como las estrellas; los agentes de los estudios se encargaron de reanimar el fuego. Joe la puso en la alternativa de elegir. El o aquella carrera estúpida que nadie sabía a dónde podía llevarla. Marilyn eligió su carrera. Y Joe se fue. Joe, aquel hombre alto, feroz, feo, pero prodigiosamente bueno y quizá el único que la amó o supo entenderla... se fue sin volver la cabeza. Y Marilyn volvió a quedar sola. Parecía ya hasta normal que después de una alegría, Marilyn sufriese un enorme dolor...

Y como si ella lo supiera, aguantó ese largo momento de dolor. Intentó sumergirse en el trabajo. Una película tras otra. No tenía ni un momento de reposo. Así llegó a su vida el momento ansiado: la felicidad. Arthur Miller, dramaturgo famoso, alto flaco, feo... Intellectualmente podía ser la antítesis de Joe, pero en lo físico eran casi iguales. Arthur tenía a su favor una circunstancia curiosa: Marilyn había entrado en una etapa que ella llamaba cultural. Le había dado por los buenos libros y la buena música. Al lado de Miller tenía muchas cosas que aprender y eso la inundó de alegría. Lucharía por comprender muchas cosas que le parecían nebulosas. Y además tendría el amor. Profundamente enamorada se casó con el autor teatral y esa vez se dijo a sí misma que había encontrado el amor para siempre. En el tiempo que duró su matrimonio con Miller tuvo horas de infortunio —al perder a su hijo—, pero se consideró una mujer inmensamente feliz. Ella misma dijo muchas veces que por fin había encontrado a un hombre que la amaba, la respetaba y la entendía. En su matrimonio, como en todos los matrimonios, había inconvenientes, pero la dicha lo allanaba todo y Marilyn se había olvidado de la antigua Norma Jeane Baker: era por fin Marilyn Monroe.

Poco a poco esa felicidad se fue oscureciendo: el hecho de no poder tener el hijo ansiado y la evidencia de interponerse entre Miller y su destino de escritor, (en el tiempo que duró el matrimonio, Arthur Miller apenas tocó la pluma), fue la nube que ensombreció la dicha de Marilyn. Otra vez volvió a sentirse sola; de nuevo Norma Jeane Baker tiró de ella hacia el abismo de la soledad. La separación de Miller fue ya cosa de semanas. Nada importaba. Marilyn había nacido para reír y para sufrir. La risa había terminado y empezaba otra vez el dolor. La soledad allí, al alcance de la mano el frasco del somnífero. Sólo se necesitaba extender el brazo. Eso hizo Norma Jeane Baker. Luego, Marilyn Monroe quiso llamar por teléfono, pero la otra, su eterna enemiga, se lo impidió, sin darse cuenta de que las dos caían en el mismo abismo.

CARLOS MARTÍN

Alicia Jurado

He aquí una escritora de garra; interesa todo lo que dice. Podrá objetárseme que da muchas vueltas alrededor de su estancia y de sus tierras; diré que lo hace porque es un tema que conoce bien. Decía Unamuno que no importa repetir las cosas si son buenas. Es el caso que los cuentos de "Leguas de polvo y sueño", editado por Losada, componen uno de los mejores libros argentinos que he leído en los últimos años. El clima de estos cuentos es realmente una inquietud sostenida por la técnica y el misterio de su arte. Alicia Jurado tiene una manera jugosa de mirar las cosas; mira la densidad y la transparencia. Hay en sus cuentos una

atmósfera ardiente en la que se consumen las almas de sus personajes y, sin duda, también ella.

En Alicia Jurado el concepto realista va estrechamente ligado a su concepción de la poesía; es decir que, aun cuando diga las cosas más terribles o sus personajes utilicen un diálogo atroz, hay siempre un ritmo vibrante de poesía en la que se adivina ese gran respeto que la autora siente por las palabras de su pueblo. Decía Maritain, que el artista debe ordenar y seleccionar la prodigiosa riqueza de su inspiración; es lo que hace esta serena, segura y majestuosa autora le "Leguas de polvo y sueño".

Lisandro E. Gayoso

"La Pajarera" es un jugoso libro de cuentos de Lisandro Enrique Gayoso. Lo leí por primera vez inédito y lo vuelvo a leer ahora editado por Stilcograf. Son unos cuentos llenos de amenidad donde el realismo no se agota con la descripción de lo real; busca las cosas ocultas bajo las apariencias y de ese modo los personajes se van animando, recubriendo de carne hasta darnos un conjunto de seres humanos con capacidad de interesar. Son personajes de este mundo que nunca acabamos de ver ni entender. Gayoso es un hombre que conoce bien el país de norte a sur y sus gentes; ha andado mucho y ha visto mucho. Por eso a través

de sus cuentos da un corte completo a ciertas estructuras sociales y con su disección muestra un hervidero de pasiones y miserias humanas. Cuando se presentó el libro en Falbo, hablaron Arturo Cuadrado y W. G. Weyland, Arturo, como siempre, habló admirablemente y dijo que él se quedaba, si tuviera que elegir, con el último cuento, "La pajarera", por lo que tiene de fomentador y de nuevo. Oreo que yo no lo elegiría; es el más extraño de los once cuentos que componen el tomo y también el más misterioso y de difícil concepción; puesto a elegir me quedo con el primero, "La isla", pues nunca

olvidaré ese viaje fantasmal de un niño con el cadáver de su padre en una chalana por el río abajo...

Un aura suave de poesía parece soplar por encima de estos once cuentos de Gayoso.

Silvina Bullrich

Si algo me fastidia en esta vida son los sabios; me dan la impresión cabal de que no saben nada de nada. Si los sabios son mujeres, ya el mote se las trae... me aburren soberanamente. Dicen por ahí —subrayan el dicen, que no es mío— que Silvina Bullrich está un poco metida en el papel ese. Hace un par de años cuando publicó *Un momento muy largo*, en las páginas de *Elección* le hice un comentario que sino por calidad al menos por extensión temo que sea el más largo que esa escritora haya obtenido en su carrera literaria. Allí vertía unas consideraciones mitad ajenas y mitad mías (por eso subrayo ahora el dicen), que ella tomó totalmente por mías y replicó con una carta que en el fondo juzgué de pésimo gusto y hasta un tanto extemporánea ya que sin conocerla personalmente ni deberle ningún favor me había preocupado por su obra que, a mi juicio, es lo que debe hacer todo crítico; (bien sabemos que buena parte de la crítica es de favor o de amistad); el entonces propietario y director de la revista publicó la carta. Estoy en el oficio y sé lo que vale la publicidad y hay autores que la aprovechan, venga como venga y Silvina Bullrich es una de ellos. Por esa razón de la publicidad y porque la revista pasaba a mis manos, no contesté la carta.

Con la aparición de *Los burgueses* la señora Bullrich me envía su libro con una "curiosa" dedicatoria. Dice: "A Victor Sáiz con la esperanza de caerle en gracia alguna vez. Condialmente." La cordialidad no atendía sus palabras. Anteriormente, sólo una vez me ocupé en esta escritora. Además, los que me envían sus libros no lo hacen con el afán de caerme en gracia, (¿por qué?) sino para que el libro me convenza con sus valores. (Descarto la posibilidad de

un envío amistoso del libro por parte de la señora Bullrich y conjeturo un interés profesional.)

Y ahora volvamos al principio; ya he dicho que los sabios y aun más las sabias no son santos de mi devoción y partiendo de ahí y por lo que dicen, añadiendo los antecedentes señalados ni siquiera tendría que haber leído *Los burgueses* de Silvina Bullrich; sin embargo, leí el libro. Y me gustó.

No voy a decir que me "enloqueció" como veo que ha enloquecido a otros críticos —¿posibles buenos amigos—?; no llegué a ese extremo, pero, repito, me gustó. Creo que la autora ha pretendido emular a los objetivistas franceses (o cómo se llamen), ni siquiera lo ha logrado a medias y tal vez por eso algunos de sus críticos repudian la comparación. El libro es interesante a pesar de todo. Silvina Bullrich es una mujer de muchas ideas, de valentía y de un severo espíritu de observación, factores que descuellan no sólo en este libro sino en toda su producción.

Los burgueses cae a veces en una frivolidad de barrio norte, pero son más las veces que hurga en lo individual a fin de pintar las costumbres o las leyes que determinan todo un sistema de vida. Es una gran lectora lo cual la ayuda a escudriñar en los agitados rincones de la vida. No fantasea nunca; sus pies están siempre hundidos en la realidad que la circunda; la acción determinante del medio y de la época, facilita en parte su tarea y esto no es un elogio peyorativo.

En *Los burgueses* las fuerzas circundantes confieren a la escritora un carácter dominante que abarca todo lo que tiene latido propio e impone un orden no carente de un vivo amor por su trabajo. Editó *Sudamericana*.

Abelardo Arias

En una reunión de intelectuales, un "conocido" escritor cuyos libros se venden por varias ediciones "demostró" que la novela de Abelardo Arias, "Límite de Clases" era mala y que la historia que un no menos conocido abogado de nuestro medio cuenta hasta el cansancio, había sido malograda por Arias; la historia —una muchacha se tira al mar al saber que el hombre amado es su padre— podía haber dado una excelente novela, tal como el "conocido" es-

Luisa M. Levinson

El argumento: Una mujer busca en el Delta del Paraná un lugar donde dar a luz el hijo de una gran pasión; encuentra un mundo fantástico que le da refugio, **La isla de los organilleros**. Luisa Mercedes Levinson con la fantasmagoría que la caracteriza construye un universo insólito donde ocurren las cosas más asombrosas de acuerdo con el magnífico marco que da clima a la novela. María Soledad, la protagonista, en la que alguien vio un símbolo de nuestra patria desorientada y a la deriva, es una extraña mujer que parece saber

Horacio T. Thedy

Reflexivo, con un lenguaje claro y sencillo el político Horacio R. Thedy se muestra con categoría de escritor en este libro de ensayos titulado "El pequeño hombre y su destino", editado por **Losada**. Los veintiocho ensayos o apartados que componen el libro se engarzan en un mismo sistema de vivencias: el destino del hombre en la democracia moderna. A través de esa democracia y su papel se ve lo que podríamos llamar intra-histo-

critor suele escribir **buenas novelas**. Evidentemente la psicología de los personajes no es excesivamente profunda y la vulgaridad de todos ellos viene a ser el arma sacrificial de la que se sirve el autor en esta especie de holocausto de toda una clase social argentina. Es una novela para leer en un viaje o en unas vacaciones; hay en "Límite de Clases" una cosmogonía que es como un preludio del caos presente. Editó **Sudamericana**.

que ser mujer es compartir el género humano con las prostitutas, las malvadas, las usureras. Y ser buena es tanto como compartir la vida con las heroínas que además son mujeres. Huye del dolor ontológico de la escolástica que hace valer la fórmula, el ser y el bien son lo mismo. Como la propia autora, María Soledad es un curioso espécimen humano: falta de síndrome y capaz de no perderse por el pecado. Su bondad adifóra y neutra es congénita a los personajes de Luisa Mercedes Levinson. Editó **Losada**.

ria argentina; la evolución de este pueblo y de sus ideas. Pocas veces, con un sentido histórico tan profundo, hemos visto tan admirablemente analizada la raíz del hombre argentino y su pensamiento político.

El autor no se limita a ver al hombre argentino a través de una concepción meramente psicológica sino en su relación con las cosas lo cual da una perspectiva univer-

sal a su obra y ya no es el hombre de aquí sino el hombre necesitado de todas partes.

Pero hay algo más; luego de la lectura de "El pequeño hombre y su destino" casi afirmaríamos que en su fondo se revela un ansia de polémica frente a otras interpretacio-

nes del hombre de aquí y de todas partes. Thedy escrita al hombre como si fuese el escenario de un teatro y lo hace moverse en función de su evidencia en la vida y en el mundo.

En resumen: un agudo sondeo del hombre y su destino.

María Esther Vázquez

"Los hombres de la muerte", editado por **Emecé**, son catorce cuentos admirables en cuanto a forma y fondo escritos por María Esther Vázquez. El libro lleva un prólogo de Jorge Luis Borges; casi siempre desconfío de los prólogos, pues todos sabemos que cuando no son de favor se compran; quizá éste sea de favor, pero creo que le queda corto a María Esther Vázquez. Una imaginación lúcida y dilatada ilumina estos cuentos en los que el tema central es la muerte; ya el tema de por sí es una arriesgada valentía que la autora acomete con osadía. Priva de opción al pensamiento para dar primacía a la vivencia, de ahí la realidad cru-

da de conceptos y raciocinios que quedan así sujetos a normas objetivas. Casi me atrevería a señalar que hay cierta dosis de irracionalismo en estos cuentos, un como distanciarse de la cultura, que casi siempre es cosa muerta, para adentrarse en el conocimiento del hombre como hombre. "Toda norma establecida restringe la posibilidad de libertad del ser humano", dice Heidegger. María Esther Vázquez viene a decirnos que la muerte, en "las formas inagotables" como señala Borges, no tiene normas y de ahí nuestra incapacidad para atajarla y nuestra pasión por analizar su enigma.

Leonor Picchetti

Creo que nunca, como ahora, se publicó ni se leyó tanto autor argentino. Se vive un momento de entusiasmo por el libro argentino y ojalá que dure. Se publican muchas cosas malas, pero a veces recibimos gratas sorpresas como en el caso de "Los pájaros del bosque" de Leonor Picchetti, novela publicada por **Falbo librero editor**. Leonor Picchetti tiene apenas veintitrés años y es una excelente escritora. Su obra es un verdadero rompecabezas y la protagonista tan pronto piensa como habla o recuerda su pasado como vive su presente... Toda una aventura que Leonor Picchetti resuelve con brío, con gracia y a menudo con un talento

prodigioso. Hay un prólogo donde se habla de Joyce, de Nathalie Sarraute, de Kafka, Beckett, etcétera. A mí me parece que es agarrar a la autora por los pelos. Leonor Picchetti es espontánea, fresca, desordenada, interesante... Los autores citados me inspiran un gran respeto, pero nuestra joven autora es otra cosa; es un diablillo travieso puesto a escribir, a ver el mundo que la rodea. ¿Cuál es el argumento? Casi me atrevería a decir que no lo tiene como no lo tiene nuestra vida. Más que un argumento "Los pájaros del bosque" es la vida de una muchacha a la cual envidiamos sinceramente.

Ariel Canzani D. es el poeta que llega con las estaciones; apenas hemos tenido tiempo de terminar —o comprender— su último libro cuando ya aparece otro; Canzani niega a esos poetas que pasan años en busca de la inspiración y afirma con su obra que la poesía es un oficio y lo que hay que hacer es ponerse a trabajar. No voy a darle ni a quitarle la razón. Ahora se trata de analizar su libro "El payaso del incendio que acaba de editar Losada.

Decía Maritain, reflejando el pensamiento de Poe y Baudelaire que la Poesía es una forma religiosa de nostalgia, un recuerdo de la Belleza; en Canzani hay casi una obsesión, una fatiga sobre un único telón de fondo: nuestra falta de amor y de confraternidad. Con palabras terribles su poesía es un latigazo tras otro sobre las espaldas del hombre sumido en la incomunicación, en una nauseante soledad.

Basta leer uno cualquiera de sus poemas para descubrir en Canzani el afán de realizar una obra de gran alcance. No es de los poetas —o falsos poetas— que se duermen sobre la lira; no, nada de eso; Canzani enarbola la lira y sacude lirazos a diestro y siniestro echando por el suelo muchas de esas convenciones que nos atan de pies y manos y nos cortan la lengua. Para el gigantesco Ariel Canzani los hombres no son cobardes, tontos y malvados: sencillamente son hombres que huelen constantemente a sexo: un olor que rebela las fibras del poeta.

El poeta dosifica admirablemente la acción y la lírica y teje un contenido apasionante por su humanidad dolorida; esta es una cons-

tante en Canzani. En cada verso nos deja un largo, doloroso y hastiado amargor que nos sumerge entre esos seres que somos los hombres, incomunicados y hostiles.

Dado el tono general del libro —de toda la poesía de Canzani— podría pensarse que se trata de un alegato individualista o de un arrebatado de ascó; pues no, más bien tiene un fondo de apasionada solidaridad, un canto que pretende despertar a nuestra degenerada civilización, un ansia arrebatada de vivir o de sobrevivir.

No es la poesía de Canzani, hay que señalarlo, un remanso de alexandrinos o versículos ondulantes; desdeña toda métrica aforística para lanzar gritos sorprendiendo a cada paso con una metafísica sutil o un materialismo selvático; es una poesía de ideas, de sentimientos, cosas que inciden sobre el hombre y que dan un matiz variado a los poemas y un dinamismo muy de acuerdo con las variantes de la vida del hombre; a la vez que es un alegato esta poesía vital de Canzani da un panorama trascendente de nuestra sociedad, digno de una meritoria perdurabilidad.

Resulta difícil leer los poemas de "El payaso del incendio" sin estremecerse y perderse, como en un laberinto de locos, a lo largo de un repertorio de cóleras e imágenes abruptas. Ariel Canzani D. es un poeta que ha venido a dar testimonio.

"El payaso del incendio" sitúa a su autor en la línea más tensa y humanista de la poesía americana.

V. S.

España

De vez en cuando me gusta leer una novela sin complicaciones de técnica ni de fondo, donde los personajes quizá no sean como ese conglomerado de individuos que tratamos cada día atiborrados de barbitúricos, imbecilizados por el psicoanálisis o miserabilizados por un empleo; los personajes de **Laberintos** una novela de Jesús Fernández Santos son tipos sencillos que se reúnen en Segovia donde tratan de vencer el vacío de una semana santa española. De manera suave a irónica el autor nos describe la vida provinciana cuya cha-

tura acentúan los festejos litúrgicos: al extremo de prohibirse en los bares el funcionamiento musical de las gramolas. A menudo, de manera incisa y agradable se hacen críticas a algunos representantes de la cultura oficial; esa novedad en la literatura hispana me alegra, aunque Fernández Santos no es el primero en romper las viejas normas de la censura. Una novela muy agradable que se lee con creciente interés. Además admirablemente editada, como es su costumbre, por **Seix Barral**.

Francia

También editada por la misma casa, leo con verdadero interés el libro de relatos de Monique Lange **Rue D'Aboukir**. Esta joven escritora francesa posee un endiablado estilo y es capaz de relatarnos una tragedia en dos líneas. Los personajes de Monique Lange viven con la prisa de nuestro siglo: comen,

hacen el amor, sufren, son felices, mueren. No se pierde ni un instante entre un accidente y otro; es una acumulación constante de emociones. Hay una valentía en estos relatos que coloca a la autora entre los novelistas europeos de primera línea.

E.E. U.U.

Juan García Ponce escribe un prólogo para la edición española de **Primavera negra**, páginas que según el editor no fueron incluidas en los **Trópicos** del iracundo Henry Miller. Dicho prólogo es sumamente interesante y nos da una visión del autor y de las peripecias de sus obras.

He aquí una cosa curiosa: Miller es miembro de la Academia de Letras Norteamericana, y el año pasado, casi treinta años después de la primera edición de la obra **The World of Sex**, una casa editora de

Nueva York publicó **Trópico Cáncer** y varios Estados de la Unión prohibieron terminantemente la venta de dicho libro en su territorio y los editores tuvieron que responder por su audacia ante los tribunales. ¿Es realmente Miller un pornógrafo? Bien es verdad que muchas escenas violentas, "desagradables", tienen el aspecto de gratuidad; pero no es así; Miller lo que hace es romper con una serie de moldes flojos y se ríe de la seriedad de jueces, eclesiásticos y compañía para quienes los princi-

pios de la moral abundan por debajo del ombligo. No diré que siempre me gusta Miller; a veces me resulta monótono, pero no puedo dejar de reconocer su ingenio chispeante cuando deja asomar su satanismo y pone en jaque prejuicios de los que somos víctimas. Este libro, al igual que los **Trápicos y Plexus y Nexus**, hay que leerlo con perspectiva. Fue escrito hace muchos años, cuando eran pocos o ninguno los que se atrevían a cantar las verdades tan claras como lo hizo Miller. Editó **Salvador Rueda**.

Una nueva era glacial, por Levertt G. Richards. Es un libro de ciencia que se lee con el apasio-

Inglaterra

Aldous Huxley es uno de los pocos autores que me gusta releer. Su último libro publicado por **Editorial Sudamericana, Literatura y ciencia** es una pugna por reconciliar la ciencia y la literatura. "La ciencia, dice, puede definirse como una invención para investigar, ordenar y comunicar las más públicas de las experiencias humanas.

Chile

Hacia tiempo, desde **El huésped**, premio Emecé 1958, que no escuchábamos la voz de Margarita Aguirre. Ahora Megan a mis manos dos libros de esta joven autora chilena que desde hace años vive en Buenos Aires. **La culpa**, una novela cuya acción transcurre en el campo de Chile y **Pablo Neruda**, una especie de biografía del poeta. **La culpa** es una novela meditada, briosa, colmada de pasiones. Los personajes están hecho con tierra chilena, una tierra orgullosa y brava; esa gran familia que prefiere desterrar a los seres queridos antes que verlos mancillados por el deshonor. Personajes muy a la española, de la honra en un puño y un lenguaje tan fresco y vivo que diríase que la autora estaba allí, cerca de sus héroes, para transcribir sus discusiones palabra por palabra. Abunda el realismo en esta hermosa no-

namiento de un libro de aventuras. Una visión de lo que fue nuestro mundo en épocas remotas y la experiencia de nuestro tiempo con los hielos. Mapas, gráficos y fotografías nos van contando la historia de los hielos y la geografía de esas regiones; así sabemos por ejemplo que en el Polo Sur no llueve ni hay agua. Los investigadores esperaban observar nevadas copiosas, pero la Antártida es un desierto mucho peor que el Sahara. A pesar de ello la nieve sigue acumulándose en el Polo Sur sin cesar año tras año y siglo tras siglo, ya que la escasa precipitación nunca se funde. Libro interesante que editó **Sudamericana**.

La literatura también trata de esas experiencias públicas." En ciertos aspectos es indudable que las dos marchan juntas pero en otros el objetivismo de la ciencia está refido con el subjetivismo de la literatura, sin contar que ciertos aspectos áridos de la ciencia difícilmente pueden ser amenizados por las letras.

vela, además muy bien escrita, cuyas páginas parecen un friso por el que desfila la vida de la clase media chilena. Editó **Zig-Zag**.

"Genio y figura de Pablo Neruda", de **Eudeba**. Empieza el libro con una cronología sumaria, periodística y amena que nos permite asomarnos a los acontecimientos ocurridos a partir del nacimiento del poeta, 1904. Algunos de esos informes cronológicos están relacionados con la vida y actividad social de Neruda cuya biografía se nos da luego así como fragmentos de su obra. Margarita Aguirre estuvo mucho tiempo vinculada con el poeta y pocos como ella pueden conocerlo tan bien aunque también es posible que esa amistad haya velado un poco la personalidad real de Neruda y se nos ofrezca una versión tergiversada por el afecto.

Francia

En 1961 un juez francés se hizo cargo de la querrela que una muchacha argelina, detenida en Argel en mayo de 1960, y vergonzosamente ultrajada por las fuerzas que la detuvieron, ponía a sus torturadores. Francia es el país de la libertad, al menos era hasta no hace mucho, así es que pronto se sumaron a la voz de la muchacha voces tan poderosas como la de Simone de Beauvoir. Sobre el juez en cuestión Qlovieron amenazas, presiones,

pero ese hombre supo mantenerse en su cargo de juez y el caso de **Djamila Boupacha fue atendido por la justicia**. Gisele Halimi y Simone de Beauvoir han recogido en un libro los testimonios más completos acerca de esta tragedia de nuestra época. **Proceso a la tortura**, editado por **Seix Barral** es también un proceso a las cosas que están ocurriendo en Francia desde que de Gaulle asumió el poder.

Alemania

El tambor de hojalata, de Gunter Grass, editado por **Joaquín Mortiz**, Méjico, es un libro estremecedor; con una ironía no muchas veces descubierta en la opaca literatura alemana, Grass nos pinta una sociedad burguesa golpeando en su bufesco tambor de hojalata.

Son más de seiscientas páginas de un acerado humor y de una visión nueva de las vicisitudes de la vida. Confieso que he llegado al final con un hondo sentimiento; hubiese leído seiscientas páginas más de este festivo autor lo cual es una recomendación para el libro.

Argentina

La revista **Sur** dedica el número 293 al panorama, a menudo desolador, de los países latinoamericanos. Esta suerte de tópico es comprometedor, pero **Sur** ha sabido salir airoosamente y con una valentía no siempre demostrada por la prensa

escrita de nuestro país. Excelentes los artículos sobre Cuba —uno escrito desde Cuba y otro desde el exilio. No es menos llamativo el que corresponde a la situación de Puerto Rico.

Inglaterra

El libro de Isalah Berlin, sobre la vida de Karl Marx editado por **Sur** ayuda a conocer con objetividad la vida del gran pensador judío. Es curioso descubrir como Marx empieza a construir todo un pensamiento de manera casual; su ignorancia de la historia y de los principios del desarrollo económico era total, pero en cinco años tomó

conciencia con esos problemas y su educación como pensador político y económico era completa. Quizá lo ayudase el hecho de no haber perseguido nunca la novedad sino la verdad. El libro de Berlin es un interesante introducción a la vida de un hombre que contribuyó al aceleramiento de la evolución de la sociedad moderna.

España

En **El ser y la muerte** José Ferrater Mora ha logrado darnos el perfil de una filosofía propia de

honda y rica palpitación actual. El pensador español logra con este libro producir un pensamiento ca-

paz de desentrañar los problemas del hombre de hoy. El estilo tiene la frescura del ensayo pero hay que estar alerta para no perder de vista sus enfoques. Una de las preguntas esenciales de Ferrater Mora es la siguiente: ¿Qué hay de común entre la muerte humana y la de otros organismos? Morir es cesar; cabe pensar que inclusive las orgánicas también cesan y habría que unificar los fenómenos aunque sean variados entre sí.

Las respuestas a la pregunta son graves. Sobre la muerte del hombre tiene el autor maduras precisiones que afirman originales puntos de vista frente a Heidegger y a Sartre. A su juicio es la muerte lo que da sentido a la vida y aun contenido. Dice el filósofo español

Perú

Yo juraría que está más lejos de nosotros Perú que París o Roma; por eso he leído con cariño esta "Fraternidad del canto" de la joven poeta peruana, Graciela Briceño. Es una poesía que deja atónitos los sentidos por su frescura. A través de su rumor de caracola me parece oír el mar de América. Graciela Briceño tiene

Rumania

No es mucho lo que se conoce de la literatura rumana; de unos años a esta parte he ido descubriendo alguno de sus autores, en prosa y en poesía, que me hacen lamentar de veras la falta de atención de nuestros editores hacia esa cultura. Mihail Sadoveanu se destaca con la intensidad realista de un Turgueniev. En sus obras anteriores, publicadas en castellano, "El hacha", trágica y hermosa novela, "Los cabañeros", relato de hombres enamorados de su tierra, y ahora en "Historias para ser contadas" se nos descubre un escritor admirable, conocedor a fondo de la geografía y de las costumbres de su pueblo. Cuidador profundo de su

que "la muerte humana no es plenamente inteligible, a menos de tenerse presente lo que le ocurre al cuerpo humano en cuanto a entidad viviente, que a su vez funciona como una serie de complejos procesos de índole físico-química". Luego añade: "no es ni pura historia ni pura naturaleza" y agrega que el hombre no es ninguna de ellas, porque en cierto modo es ambas.

Escapa al espacio de este comentario el curso hondulante y sereno del pensamiento de Ferrater Mora en torno a la muerte y su indagación acerca de los grados y formas de mortalidad. Para él nada es completamente inmortal y nada es completamente mortal. Editó **Aguilar**.

un civilizadísimo sentido de la verdad, un matizado sentido de solidaridad que da a su poesía ese temblor propio de la fruta madura: fija los hombres, los caminos y las costumbres americanas con una gracia delicada que está, como un latido, en cada uno de sus versos.

estilo, no se exalta al describirnos esas historias de hombres, casi siempre campesinos, que se destacan sobre la estupidez cuando no la indiferencia de terratenientes, policías y jefes administrativos. Lo que predomina en Sadoveanu son las descripciones majestuosas del paisaje y los alardes de miniaturista con que nos pinta a sus personajes. Es un delicado maestro de los matices. Leer estos cuentos editados por Losada o cualquier otro libro de Sadoveanu es como hacer un viaje a través de Rumania, país tan lejano como desdichadamente poco difundido entre nosotros.

V. S.

ULTIMAS NOVEDADES

Novelistas de Nuestra Epoca

José María Arguedas — **TODAS LAS SANGRES**

Nos honramos dando a luz esta novela de uno de los más destacados novelistas hispanoamericanos, seguros de que habrá de llamar poderosamente la atención por la belleza de su estilo y la profundidad de su tema.

Beatriz Guido — **EL INCENDIO Y LAS VISPERAS**

Cinco vidas sometidas al insidioso e implacable desquicio de la violencia política. Un testimonio dolorido sobre el ocaso de una forma de vida y la irrupción de un nuevo orden negativo difícil de asimilar y comprender.

William Golding — **CAIDA INEXORABLE**

Un descenso impaciente pero lúcido a los recuerdos de una existencia para hallar la clave de una caída. De la obra de Golding ha dicho Arthur Koestler: "Es un terremoto en el bosque petrificado de la novela inglesa".

Alfredo Pareja Diezcanseco

LOS PODERES OMNIMODOS

El autor de **LA ADVERTENCIA** y **EL AIRE Y LOS RECUERDOS** culmina en esta densa y poblada novela su recreación de la vida política de su patria —Ecuador— en las últimas décadas.

Christiane Rochefort — **CELINE Y EL MATRIMONIO**

La autora de **EL REPOSO DEL GUERRERO** y **LOS NIÑOS DEL SIGLO**, en ésta su tercera novela toma por blanco a la nueva burguesía y ejecuta a sus miembros con la ferocidad, el ingenio verbal y el gusto por divertirse que constituyen su genio particular.

Arturo Uslar Pietri — **ESTACION DE MASCARAS**

Segunda parte del ciclo **EL LABERINTO DE FORTUNA**, apasionante evocación de la dramática vida política venezolana contemporánea.

Antonio Machado — **OBRAS, POESIA Y PROSA**

Al cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Antonio Machado, aparece la primera edición de sus obras que incluye los materiales inéditos recientemente descubiertos. Reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, con un ensayo preliminar de este último. También incluye un índice cronológico, una bibliografía y un índice de primeros versos. Encuadernado en piel, 1068 páginas de papel biblia (Colección Cumbre).

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131

Buenos Aires

URUGUAY — COLOMBIA — CHILE — PERU

PIZARRO
y Cía.

Calidad y jerarquía
en la
Industria Textil

Directorio 3754

Tel. 27-2852

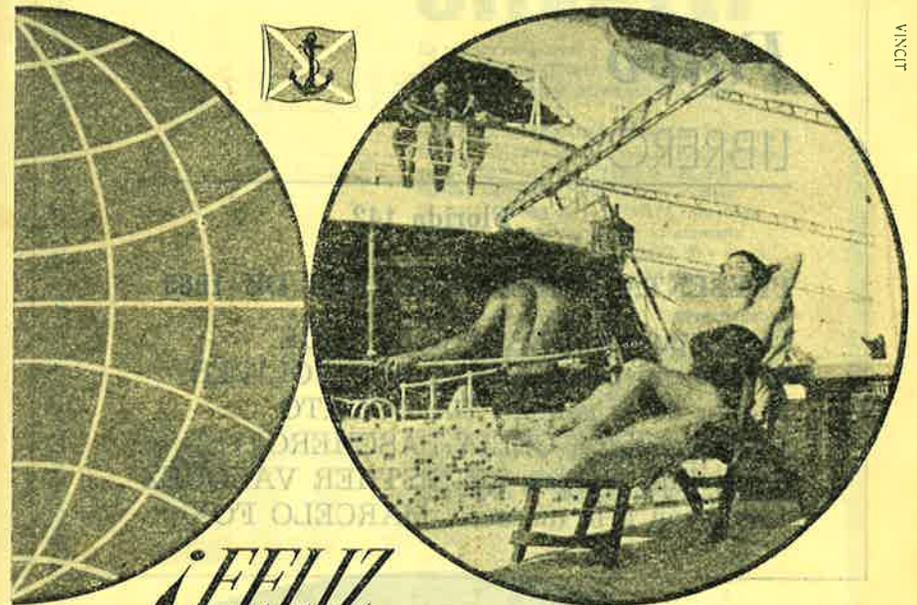
Tintorería Industrial
Ramos Mejía S. A.

La más moderna planta
industrial en su género

Arenales 166

Tel. 658-6085/3272

Ramos Mejía



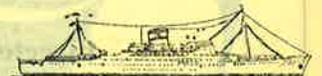
¡FELIZ
VIAJE!

EN CONFORTABLES BUQUES ARGENTINOS

SERVICIO DE CLASE UNICA

A VIGO • LE HAVRE • AMBERES
LONDRES • HAMBURGO
Y A LISBOA • BARCELONA
MARSELLA • NAPOLES • GENOVA

CLASE UNICA
TARIFA ECONOMICA
Y A CREDITO!



Consulte a su Agente de Viajes o a:

LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

E. L. M. A.

CORRIENTES 389 - TEL. 32-4861 - 32-8111

31-3181 (NORTE DE EUROPA) 31-2493 (MEDITERRANEO) - 32-7809 (AMERICA)

Agentes Generales de la MITSUI - O. S. K. LINE LTD.

Falbo

LIBRERO

Florida 142

PRESENTA: LAS NOVEDADES DE 1965

Diez y punto, NIRA ETCHENIQUE
Mundo, mi casa, MARIA ROSA OLIVER
El olor de la gente, ADA DONATO
La salamandra, CELIA PASCHERO
Jorge Luis Borges, Ma. ESTHER VAZQUEZ
Invitación a la masacre, MARCELO FOX

CORMORAN Y DELFIN

Revista Internacional de Poesía

La vanguardia poética de hoy en el mundo en
la única revista de América de poesía
internacional

director: Ariel CANZANI D.

Suscripción para el exterior (4 números): 3 Dls.

F. F. Amador 1805 (1º 5º) Olivos
Pcia. de Bs. Aires - ARGENTINA
Teléf. 797-4591

olivetti

La planta industrial que produce en el país las máquinas Olivetti constituye un importante aporte al desarrollo fabril argentino.

OLIVETTI ARGENTINA, la mayor industria latinoamericana de máquinas para oficina, ya produce, vende y exporta las dos nuevas sumadoras del último modelo, SUMMA PRIMA 20 y QUANTA, mientras continúa la fabricación de la afamada máquina de escribir LEXIKON 80 y de la mundialmente difundida calculadora eléctrica DIVISUMMA 14.

Además de su producción, Olivetti Argentina vende calculadoras súper automáticas, contables electromecánicas, facturadoras electrónicas y equipos de mecanización integral, importados desde Ivrea, Italia con los cuales OLIVETTI cumple plenamente con la función de brindar el instrumental de escritura y cálculo, destinado a satisfacer las más variadas necesidades de nuestro mercado



OLIVETTI ARGENTINA S. A.
Buenos Aires S. Martín 550

EL BANQUETE

por Víctor Saíz

Es una de las colecciones de cuentos más asombrosos de nuestro tiempo. Traducido al checo con el título

ELEKTRONKOVOY PRESIDENT

han sido vendidos en Praga, en menos de seis meses 25.000 ejemplares.

Solicítelo a
EDITORIAL LOSADA — Alsina 1131 — Buenos Aires.

Ficción se ha desvinculado de la editorial Scijas y Goyanarte y de Goyanarte Editor. En lo futuro saldrá a la luz como publicación de Editorial Ficción. Recibiremos a nuestros amigos en Lavalle 1290 - 8º piso — T. E. 35-9573 — Buenos Aires.

TALLERES GRAFICOS

LUMEN

NOSEDA y CIA.

TUCUMAN 2926 T. E. 87-6646/47

BUENOS AIRES

IBER-AMER ARGENTINA

NOVEDADES SEIX-BARRAL

Ernest Hemingway

**PARIS ERA
UNA FIESTA**

Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París te acompañará vayas adónde vayas todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue.

De una carta enviada por Ernest Hemingway a un amigo (1950)

Infórmese en

Bolívar 260 - T.E. 30-4036

Buenos Aires

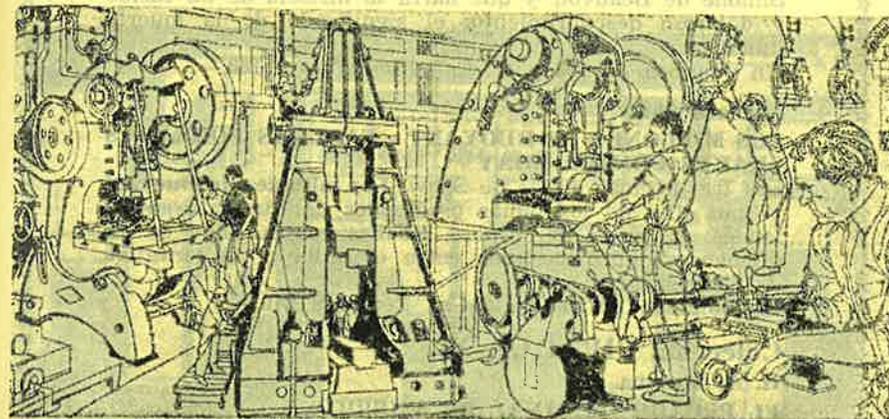
**EL
ESFUERZO
INDUSTRIAL
ES
IMPULSADO
CON
MAS ENERGIA!**



SEÑOR INDUSTRIAL:

Los planes de expansión y las importantes realizaciones llevadas a cabo por SEGBA, en materia de centrales y redes de transmisión y distribución, permitieron levantar las restricciones al uso de la energía eléctrica. Actualmente se puede trabajar a cualquier hora y todos los días. Consúltenos sobre condiciones generales y tarifas.

Edificio Volta, Avda. Pue. R. S, Peña 812
T. E. 45-0151



**UNA EMPRESA DE LOS ARGENTINOS
EN PERMANENTE EXPANSION**



SERVICIOS ELECTRICOS DEL GRAN BUENOS AIRES S.A.

Novedades

NACIONES UNIDAS

LA CIENCIA Y LA TECNOLOGIA AL SERVICIO
DEL DESARROLLO

Volumen V

POBLACION Y FORMAS DE VIDA

La vida familiar, ciudadana y rural: los problemas de la vivienda y la salud. Un volumen de 250 págs. Encuadernado \$ 750.—. En rústica \$ 450.—.

Arturo Cerretani

EL DESCHAVE

Una novela admirable que evoca los años porteños de la primera posguerra: el Paseo de Julio, la agonía de la población negra, el guapo y su "deschave". Un volumen de 344 págs. Col. Novelistas Latinoamericanos. \$ 440.—.

Simone de Beauvoir

UNA MUERTE MUY DULCE

Un texto que completa los tres tomos autobiográficos de Simone de Beauvoir y que narra la historia de un lúcido y doloroso descubrimiento: el significado de la muerte humana

Un volumen de 108 págs. Col. Biografías \$ 160.—.

Bernard Shaw

LOS MILLONES DE BUOYANT - FABULAS FORZADAS SHAKES CONTRA SHAV

Las tres últimas piezas de Shaw. Los millones de Buoyant retoma uno de los temas predilectos del dramaturgo irlandés: el poder del dinero. Shakes contra Shav es un diálogo polémico y vivaz entre el autor y el fantasma de Shakespeare.

Un volumen de 200 págs. Col. Teatro \$ 240.—.

Colección PIRAGUA

H. A. Murena

EL PECADO ORIGINAL DE AMERICA

Una polémica colección de ensayos

Volumen simple \$ 110.—

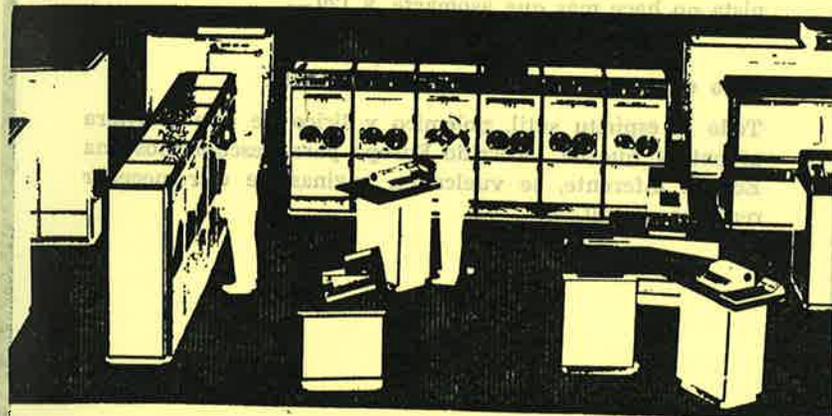
En venta en todas las librerías

EDITORIAL SUDAMERICANA

Humberto I 545 — Buenos Aires

BULL

equipos
para
el tratamiento
de la
información



T. E. 35-2573

BULL

GENERAL  ELECTRIC

CERRITO 264 - T. E. 35-1315 - 1748 - 1761 - BUENOS AIRES

Editorial

FICCIÓN

Los cabañeros, por MIHAIL SADOVEANU

El gran escritor de la literatura rumana nos ofrece con esta novela un cuadro de las costumbres de su tierra. Las maravillosas gentes de Rumania descritas por una pluma magistral. \$ 90.—

Solamente con mirar, por CARLOS MARIA PAZ

Los símbolos de la poesía romántica desaparecen en esta novela del joven escritor santafecino para mostrarnos un paisaje descriptivo-geométrico al que el hombre-protagonista no hace más que asomarse. \$ 120.—

Arco en tensión, por MALENA SANDOR

Todo el espíritu sutil, polémico y lírico de esta escritora argentina, que ha recorrido Europa para descubrirnos una Europa diferente, se vuelca en páginas de estremecedor realismo. \$ 200.—

Lavalle 1290 - 8º piso, 804 — T. E. 35-9573

Buenos Aires

Impreso en los Talleres Gráficos LUMEN,
Tucumán 2926, Tel. 87-6646/47, Bs. Aires,
en el mes de setiembre de 1965.



Julián Marías, el futuro de la libertad.

Alfredo C. Essayag, un mero error judicial.

Claude Simon, ¿debe el novelista hacer política?

Francisco Valle de Juan, el hijo.

Ariel Canzani D., Celina H. Uralde, Fernando Real, poesía argentina.

Malena Sándor y José E. Terza, cibernética.

Víctor Sáiz, y el hombre creó a Dios.

Diagramó la tapa:
JORGE PIÑEYRO

